
3 1761 08820263 5





BIBLIOTECA ESCOGIDA.

VOLÚMEN XII.

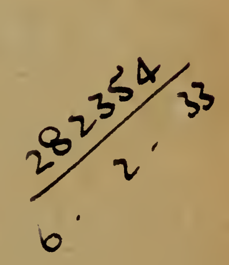
LA MUERTA Y LA VIVA

NOVELA ORIGINAL

POR

PATROCINIO DE BIEDMA

(Tercera parte.)



CADIZ 1883.

TIPOGRAFÍA LA MERCANTIL
PLAZA GASPAR DEL PINO.



TERCERA PARTE.

CAPÍTULO PRIMERO.

Clara habia deseado que Dolores cambiase de casa para tener más cerca de la suya á la niña Teodosia.

Instalada la buena Dolores en un lindo y reducido piso segundo de la plaza de Bilbao, Clara cuidó por sí misma de adornar las habitaciones que habia de ocupar Teodosia.

Una pequeña sala cuyo balcon entoldaban las copas de los árboles con su verde encaje tejido de hojas, y una alcoba igualmente risueña, formaban el conjunto de estas habitaciones.

La sala tapizada de papel gris con cenefas de campanillas y lirios azules, tenia cortinas, divancitos y butacas de cretona con los mismos colores.

Un piano, un caballete con un cuadro empezado, un mueblecito lleno de libros de estudio y una mesita de labor, daban á conocer que se pensaba en que la niña continuase su educacion artística en aquel agradable retiro.

Por lo demás, los muebles eran sencillos, elegantes y cómodos, pero alegres, como debian serlo las ideas de la niña que iba á usarlos.

En la alcoba todo era aún más bello, más risueño, más puro, si así podemos decirlo.

El blanco lecho, cubierto de muselina que sujetaban grandes lazos de color de rosa, como mariposas brillantes posadas sobre un almendro en flor; el tocador de mármol, con juego de cristal rosa, las butacas de cretona del mismo color en el fondo, con grandes ramos de flores, y las cortinas iguales, un armario con espejo de madera clara como la cama y el tocador, y sobre la chimenea un reloj lámpara, una botella de noche y un libro de oraciones.

Frente á la cama, y como protegiéndola, una hermosa copia de la Concepcion de Murillo, y en el saloncito, si podemos dar honores de tal á lo que apénas era gabinete, algunos grabados de valor artís-

tico, pequeñas estatuitas, albums, flores, y esos mueblecitos tan lindos, tan ligeros, tan inútiles al parecer, pero que son tan indispensables en las habitaciones femeninas, donde están destinados á sustentar ya un libro, ya un bordado, ya una caja de dulces, ya una revista de modas, al alcance de la mano de su dueña, por lo cual nunca tienen lugar fijo.

Clara habia presidido el arreglo de este pequeño nido *con amor*, con empeño de hacerlo agradable, y habia quedado satisfecha. Todo lo habia previsto: Teodosia no carecia de ninguna comodidad de las que habia adquirido la costumbre en su rica y elegante casa, ni perderia en el cambio los hábitos de buen tono y distincion que Clara habia tenido empeño en imprimirle.

Más bien la soledad la facilitaria el estudio y desarrollaria su inteligencia. Dolores, además, habia recibido instrucciones: daria á la niña un alimento sano, variado, abundante: en esa edad en que el desarrollo necesita ser ayudado materialmente, el estómago exige más. Haria dar á Teodosia largos paseos, despues de sus horas de estudio; la dejaria dormir tran-

quila, y cuidaria de que estuviese siempre ocupada, á fin de evitarla la tristeza del hastío.

Dolores accedia con gusto á encargarse de este cuidado.

Francisco no habia vuelto de Cuba, pues una vez allí tuvo que recorrer las haciendas de Clara, tomar algunas disposiciones, cobrar rentas, y esto exige algun tiempo. Despues Clara le habia dicho que se pusiese á las órdenes de Solís, que cuidase de que no le faltara nada, y que le diera sus noticias, y este nuevo cargo retrasaba su vuelta.

Dolores, pues, sola, se alegraba de tener un objeto que la ocupase, y además sentia por Teodosia la simpatía invencible que á todos inspiraba la dulce criatura: es verdad que entraba en ella por mucho el deseo de complacer á Clara, pero en sus manifestaciones de cariño hácia Teodosia se conocia que hablaba su corazon.

El dia en que Teodosia quedó instalada, fué dia de fiesta para Dolores, pues Clara estuvo en su casa algunas horas, presenciando las lecciones de la niña, dándola las instrucciones de lo que debia hacer y acariciando á Teodosia que estaba triste,

aunque conforme con la voluntad de Clara.

Una de las órdenes recibidas por Dolores era la de no llevar jamás á Teodosia á casa de Clara, sin un mandato expreso de ésta para hacerlo: la de no ir con ella á pié por los sitios muy frecuentados, y la de no hablar á nadie de la niña, ni absolutamente de su procedencia.

Todo esto era bien fácil para la esposa de Francisco, que apénas conocia á nadie en Madrid, y que era por carácter poco comunicativa.

Lo que la apenaba era que veria poco á Clara, y su presencia era para la pobre mujer alegría y consuelo.

Su hijo, aquel jóven salvado por Clara, habia tenido que salir de la isla de Cuba cuando milagrosamente escapó de ser fusilado, yendo á fijarse á Buenos-Aires, en donde establecido con la cantidad que debia á la generosidad de Clara, se casó, y hacia poco que habia anunciado el nacimiento de un hijo, motivo de alegría y de pesar para Francisco y Dolores, pues si bien celebraban el bienestar de su hijo, y el nacimiento del nuevo vástago, esto le haria fijarse definitivamente en aquel país; es decir, que la planta arraigaba en suelo

extraño para morir en él, y los ancianos padres debian perder toda esperanza de verle á su lado.

Dolores, pues, compartia entre el recuerdo del hijo ausente, feliz por la intervencion de Clara, el cariño de su anciano esposo y su gratitud apasionada por la hija de su antigua señora, su vida entera.

Hoy tenia un nuevo objeto: Teodosia. Sea porque Clara lo deseaba así, sea por impulso de su corazon, comenzaba á quererla de la manera leal, brusca, sana, por decirlo así, con que quieren los nobles corazones del pueblo, cuya sangre limpia no está contaminada con la falsedad y el vicio.

La niña iba, pues, á estar bien guardada al lado de la buena mujer, que se proponia cuidarla de sus economías y devolver á Clara el dia que la reclamase, el dinero que para subvenir á sus gastos le habia entregado.

CAPITULO II.

Hé aquí la carta que Clara escribia á Solís, despues de recibir las dos suyas, y estando ya la niña Teodosia instalada en casa de la anciana Dolores:

«Tus cartas, mi querido Nicolás, me han producido una profunda pena. Nada más léjos de mi pensamiento que la idea de que la pobre Teodosia estuviese mezclada á ese horrible drama que arrojó sobre tu vida tan amarga desventura.

¿Cómo, y por qué azar sucede así? No lo sé, no puedo adivinarlo; pero es preciso reconocer que hay en esos misteriosos y providenciales decretos de la suerte, algo tan imperioso, tan inevitable, tan fatal ó tan sagrado, que hacen pensar que Dios mismo lo ordena así para altísimos fines, que nuestra razon no alcanza por el momento, pero que nuestra voluntad, al doblegarse, reconoce.

Sí, mi pobre amigo; acaso se relacione este suceso con otros que ignoramos, y acaso ese mismo dolor que te produce sea fecundo en consuelos para tu cansado corazon.

¡Oh, no! ¡No puedo creer, no puedo admitir siquiera, que tu odio alcance á la inocente niña que, no la ciega casualidad, sino Dios mismo, ha puesto en tus manos!

No sólo comprendo la compasion que te inspira, sino que me producirias horror si no la sintieses.

¿Es acaso posible hacer responsable de la culpa agena al débil sér que ni conoce esa culpa, ni acaso la comprende?

¡De ningun modo!

Por más que ciegue el dolor, por más que momentáneamente vele en sus nieblas de sombra la luz de la razon, no hay sér tan depravado, tan rudo, tan cruel, que se vengue de un sufrimiento en quien no lo ha provocado.

Si en otros tiempos los odios eran una herencia, hoy que la religion y la civilizacion han moldeado la brutal materia, dando forma al hombre, pero no al hombre de hierro como su armadura, que golpeaba, despedazaba, mataba y moria, sino al hom-

bre que piensa, que siente, que aprecia, que lucha, que perdona y que espera, hoy es imposible llevar hasta el sér nuevo, inocente de culpa, nacido del corrompido tronco, cual una reproduccion sana y pura que haga olvidar lo infecto del que pasó, ni la venganza, ni el castigo, ni siquiera el recuerdo de la infamia á que es ageno.

¡Es tan hermoso, tan dulce, tan noble, tan digno del sér elevado y fuerte el perdon!

Odiar, matar, vengarse, lo hace cualquiera, con tanta más facilidad, cuanto más miserables sean sus sentimientos y más descuidada su educacion; pero vencernos á nosotros mismos, triunfar de las mezquinas pasiones que se oponen á los movimientos generosos, elevar la caridad por encima de todo, erigir el bien en ley suprema, eso tan sólo está reservado á los séres superiores, y ellos son los que dan vida á esos modelos de las sociedades que en lo divino se llaman santos, y en lo profano se llaman héroes.

Y luégo, ¿cuál seria el resultado?

Tu dolor, tu horrible dolor, tu recuerdo eterno, tu horror y tu espanto, ¿cesaria porque tú los vengases, fuera cual fuera la

forma que esta venganza tomase?

No lo creo.

Además, el cariño que te ha inspirado Teodosia te crea deberes, que como hombre de corazon no puedes desatender.

¿Y cómo no amarla?

Su carácter es tan dulce, tan suave como el perfume de una violeta.

Ser amable y dócil es para ella tan natural, tan propio, como lo son al sol sus rayos, y á la rosa su aroma.

Está hermosa como la creacion de un artista: sus ojos brillan, su boca es un nido de sonrisas, sus mejillas tienen el aterciopelado del lirio; en sus cabellos rubios parece que vibran reflejos...

¡Qué hermosa es!

Desde que tú no la has visto, ha crecido mucho, y el desarrollo vá completando su belleza, como el pincel de un pintor, el apénas delineado bosquejo.

Y más que su belleza valen su corazon, tan limpio, tan sano, tan puro, tan ageno de toda culpa como lo es la nieve aún no caida al lado de la tierra; y su inteligencia clara, elevada, serena, profunda, de percepcion rápida, de admirable instinto, que le permite adivinar por intuicion misteriosa las causas que ignora.

No te niego, no quiero negarte que el afecto instantáneo que me inspiró á primera vista, se ha cambiado en un tierno cariño, que nada podrá borrar en mi memoria ni gastar en mi corazon.

A esto contribuyen mucho las cualidades adorables de su carácter, de su sér todo; y al mismo tiempo la piedad que me inspira su abandono, su inocencia y su desgracia.

Hay además una circunstancia que apénas me atrevo á indicarte, porque no puedo razonablemente sostenerla, pero que la siento como íntima conviccion: Teodosia se parece á tí de una manera perfecta: ¿es en la forma exterior, ó es en el espíritu? ¿Son los ojos de la carne, ó es la mirada del alma lo que la iguala á tí?

No lo sé, pero hay momentos en que, al mirarla, tu imágen pasa rápidamente entre mis ojos y la niña, como evocada por no sé qué fascinacion de mis sentidos.

Perdóname si te hago sufrir hablándote constantemente de ella, pero es preciso; la herida sondeada puede curarse aunque el paciente sufra; abandonada por temor á ese sufrimiento, la gangrena la hace incurable.

De ningun modo ni en ningun caso, puedo yo abandonar á esta niña; si tú reconoces como inevitable el alejarte de ella, yo la adoptaré como hija mia; esta es mi invariable decision.

Pensándolo así, áun ántes de saber que estuviese fatalmente unida á tus dolores, he comenzado á educarla de una manera conveniente.

Su blanda y suave naturaleza se presta fácilmente á instruirse é ilustrarse, no por debilidad, sino por convencimiento. Los maestros admiran sus rápidos adelantos, sobre todo el de pintura, que espera hacer de ella una verdadera artista, lo cual yo apruebo de corazon, pues si la suerte me impidiese asegurar su porvenir, quiero que tenga en su talento un medio de hacer frente á las necesidades de la vida.

El cuidado de su educacion era grato para mí, porque llenaba mi inútil vida, como llena de luz la blanca luna el vacío oscuro del abismo, pero colocado mi corazon entre ella y tú, la lucha ha sido imposible, pues tu influencia, tu recuerdo, son más fuertes que todo para mí.

Ya lo ves: la he alejado de mi lado, pero estará bajo mi proteccion, bajo mis

cuidados solícitos y cariñosos; la dulce avecilla que llenaba de armonías el triste silencio de esta casa, ya no está aquí, pero yo iré á pasar cada dia algunas horas á su lado para saturar con un reflejo de alegría mis tristes pensamientos.

¡Tú no sabes de qué manera esparce á su alrededor esa dulce criatura la alegría y el contento!...

Por ahora será preciso que no la vea, pues para disculpar su traslacion á otra casa, la he hablado de un viaje mio á Cuba.

Lo ha creido con su sencilla fe de ángel, y á esta creencia debo una autorizacion preciosa: la de leer, por su órden, el pliego cerrado que te ha entregado Luisa, y darte parte de su contenido.

Debo advertirte que sólo sabe por mí la muerte de la negra con la entrega de esos papeles, sin detalles de ningun género.

Ya ves, pues, que debo leerlos en cumplimiento de sus deseos, y más aún, de los deberes que mi carácter de protectora suya me impone.

Jamás he sentido curiosidad por conocer los asuntos agenos, pero ese pliego me inspira un vivísimo interés.

¡Quién sabe si las revelaciones que con-

tenga influirán en los destinos de Teodosia!

Puedes venir sin temor, y cuando quieras; de nuevo esta casa está sola y triste como mi corazon.

Clara.

CAPITULO III.

Manuel Salazar habia invitado á su amigo Fernando Alvarez á comer con él en *Los Cisnes*, «*para poder hablar de asuntos importantes*,» segun le habia dicho.

Fernando aceptó, y los dos jóvenes ocuparon un elegante gabinete particular del acreditado *restaurant* de la calle de Alcalá.

El café acababa de ser servido cuando llegamos á encontrarles, y el camarero se habia retirado discretamente, dejando solos á los dos amigos y cerrando al salir la puerta.

Fernando se mostraba animado y locuaz, efecto sin duda de los selectos vinos que habia bebido, y contrastaba su alegría con la preocupacion que revelaba el semblante casi sombrío de Manuel.

—Vamos, querido—decia Fernando agitando indolentemente el café con la cucharilla y arrojando al techo del gabinete

las bocanadas de humo de su cigarro:—¿podré saber qué cosas tan importantes son esas que tienes que decirme?

—Sin duda; pero es preciso que te prepares á escucharme sériamente.

—Ya estoy preparado, y sério, como debió estarlo Sócrates cuando se bebió aquella maldita droga que le regalaron sus paisanos.

—Ten presente que se trata de un asunto grave.

—Cuando te digo que te escucho como si tú fueras un diputado de la oposicion y yo un ministro...

—Déjate de bromas.

—Pues bien, en sério; puedes hablar.

—¿Tú amas siempre á Elena?—preguntó de repente Manuel.

Fernandito pareció sorprenderse, y se puso realmente sério.

—¡Diablo! ¡Sí! Tú bien lo sabes; pero soy desgraciado, ella no me ama...

—Ella te adora...

—¿Qué dices?—preguntó atiplando la voz todo lo posible, y casi saltando en su asiento el *gomoso*.

—La verdad.

—Habla, habla, por Dios; tu revelacion

me ha sorprendido, me ha conmovido, me ha enternecido.

—Te he dicho la verdad: Elena te ama.

—Pero si me rechaza—dijo con acento casi lloroso el interesante pollo,—si no me mira siquiera, si he oido no sé qué cosa de un casamiento...

—¡Disparates! Lo que sucede es que Elena y tú sois víctimas de una intriga...

—¡Ah, ya decia yo! ¡Si no puede ser que ella no me ame!

—Y decias bien; ella te ama, pero es débil y se doblega...

—¡Yo la salvaré!—exclamó con acento trágico-cómico Fernandito.

Manuel no pudo ménos de sonreir, tan ridículo le pareció el tono que empleó su amigo.

—Sí—dijo,—es fuerza salvarla y salvarte; habeis caido en las redes de una mujer muy astuta, y como sois dos tortolitos, el águila os devorará...

—¡Oh, no hará tal!... Yo sabré cortarle las garras y el pico... tú me ayudarás...

—Es arriesgado...

—¿Tienes miedo al águila?

—Yo no tengo miedo á nada, pero hay circunstancias...

—Recuerda que me ofreciste por tu honor proteger mis amores.

—Y en cumplimiento de esa promesa te voy á hablar de lo que puede salvarlos, pues están amenazados de muerte.

—No tanto, querido, no tanto; si ella me ama todo lo demás es lo de ménos.

—Hablas como un niño, Fernando: si ella te ama y el temor le hace ocultarlo, es como si no te amara.

—¡Pues es verdad!... ¡Qué diablo!... Es preciso desvanecer ese temor... Pero, ¿qué teme? ¡Si aún no me lo has dicho!

—No me dejas hablar...

—Perdona; habla, pues.

—El plan está perfectamente concebido. Si Elena te ama, si no oculta su amor y te acepta por esposo, todo se ha perdido para la persona que tiene interés en que esto no sea.

—¿Y quién es esa persona?

—¿Me prometes el secreto y seguir fielmente mis indicaciones?

—Te prometo todo lo que tú quieras.

—Pues bien; esa persona es Clara Blacker.

—¡Cómo! ¡La linda americana! ¿Estará acaso enamorada de mí?

—Con una informalidad como la tuya —dijo incomodado Manuel,—es imposible tratar en sério ningun negocio.

—Pero, ¿por qué soy informal?—preguntó lastimosamente Fernando.—¿No era la cosa posible?

Manuel sonrió con lástima y desprecio al oir á Fernando afirmar sinceramente su creencia.

—No se trata de eso—dijo.

—¿Pues de qué, entónces?

—Esa mujer tiene otros importantes planes.

—¿Conmigo?

—¡Necio!—dijo irritado de nuevo Manuel.—¿Me dejarás acabar?...

—Pero si no entiendo...

—Pues bien, oye...

—Antes, sabe que necio no soy, y esa palabra...

—Queda retirada; escucha y dispénsame; me impacientas con tus interrupciones...

—Quedas dispensado, y seré mudo.

—Clara, como tú sabes, es una mujer de historia...

—Chico, yo no sé nada; pero tú lo dices...

—Es igual; lo saben todos: tú nunca sabes nada de nada...

—Como de la nada, nada puede hacerse, segun dijo no sé quién, tampoco de la nada podrá saberse nada.

—¡Otra vez!

—¡Me callo!

—Pues bien; Clara es una mujer de oscura historia, y su venida á Madrid obedece á planes importantísimos...

—¡Me asustas!

—No hay por qué, si se saben y se deshacen; son intrigas, negocios, conspiraciones...

—¡Jesús!...—exclamó gritando en falsete Fernando.

—Calla, te van á oir; pero en fin, para que lo sepas de una vez; es agente en Madrid de la insurreccion cubana...

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!... ¡Pues no es nada! ¡Es un angelito la niña!...

Y como para reponerse del susto que esta noticia le habia causado, se bebió de un trago la copa de *Champagne* que Manuel acababa de llenarle.

—Y dime—preguntó paladeando el delicado vino,—¿qué tienen que ver mis amores en todo eso?

—Mucho, muchísimo, aunque á primera vista no lo comprendas.

—Confieso que no.

—Mi padre, por una debilidad que no me explico, ha dejado á Elena intimar con esa americana.

—¡Ah! quiere hacerla conspiradora tambien.

—¡Maldito hablador!... No; lo que quiere hacerla es instrumento de sus planes; quiere utilizarla para sus conspiraciones.

—¿De qué manera?—preguntó otra vez casi lloroso, y otra vez con voz de tiple Fernandito.

—De una manera muy sencilla: ¡casándola con mi padre!

Manuel pronunció con énfasis cómico estas palabras, y Fernando saltó en la silla:

—¡Cómo!—dijo—¡era verdad!... ¡Ese maldito plan era cierto!...

—¡Y tan cierto!... Con su astucia infernal ha convencido á mi padre de que debe casarse con Elena: le ha hecho creer que el honor de esta niña está comprometido ante la sociedad con vivir á su lado, siendo imprescindible el casamiento.

—¡Ah, sirena!... ¡Ah, traidora!... Pero mira, no entiendo todavía por qué le conviene ese casamiento.

—¡Torpe!... ¿Pues no ves que dominan-

do á Elena y teniéndola como cosa suya, tiene á su disposicion la influencia de mi padre en la cuestion pública? ¿No ves que para sus intrigas, para sus conspiraciones, para sus planes, necesita contar con una persona de valía?

—¡Ah, ah! ¡Tienes razon!... ¡Y yo torpe, mil veces necio, que no lo adivinaba!...

—¿Comprendes ahora por qué quiere casar á Elena con mi padre?

—¡Ya lo creo que lo comprendo!... Ahora veo clara la intriga.

Manuel llenó de nuevo las copas y exclamó con acento patético:

—Pues bien; yo que soy tu amigo, yo que te habia prometido proteger tus amores con Elena: yo que veo á ésta sufrir por que te ama...

—Pero oye—dijo Fernando interrumpiéndole:—¿si me ama, por qué no me lo dice?

—¡Otra vez!... Yo te creia más listo...

—Pero hombre...

—Pero hombre, ¿cómo quieres que la que todo lo debe á mi padre, educacion, amparo, la vida, en fin, se niegue á ser su esposa? Es una presion moral de las más fuertes, pues se cree obligada por la grati-

tud, por el deber, por el respeto...

—¡Es verdad!... ¡No habia pensado en ello!...

—Toda mujer, y más si fuese una niña tímida y débil como Elena, haria otro tanto.

—Tienes razon, convengo en ello... ¡No sé cómo no se me ha ocurrido ántes!...

Manuel volvió á sonreir con ligera expresion de lástima.

—Y bien—dijo Fernando—¿qué te parece que podemos hacer?

—¡Hombre!... ¡hay varios medios!... Ante todo es preciso saber si tú amas á Elena.

—¡Lo dudas!...—exclamó con entonacion dramática Fernando.

—No; te confieso que no lo dudo; pero es necesario que sea un amor tal, que por él lo arriesgues todo...

—¿Qué es preciso hacer?—dijo con alguna inquietud Fernando.

—Lo que te voy á decir es grave...

—No importa, habla.

—Estoy de acuerdo con Elena para deshacer ese casamiento, que la desespera...

—¡Ah!... ¡pobre ángel mio!—dijo con altisonante acento Fernando—¡y yo que dudaba de tí!...

—Pero es preciso, ¿comprendes? completamente preciso que parezca que tú ignoras esta circunstancia; por nada del mundo quiere Elena que tú sepas que ella te ama, que ella te busca...

—¡Inocente!... Guardaré el secreto...

—Cuento con tu promesa.

—La tienes.

—Convenidos; ahora escucha: Elena, que trata con intimidad á Clara, sabe algunos secretos de esta culebra de cascabel... Como la juzga una niña, no ha tomado grandes precauciones.

—¡Ah!

—Por ella sé yo que Clara está de acuerdo con un jefe de la insurreccion; que les proporciona desde aquí noticias y dinero; y aún hay más...

—¿Qué hay?...

—Temo decirlo...

—¡Manuel!

—Pudieras cometer algo imprudente.

—¡Me ofendes!... Tan bien como tú sé guardar un secreto.

—Te creo... Parece que tiene en su poder una niña secuestrada por los insurrectos, y por la cual piden una fuerte suma como rescate...

—¡Diablo!... Eso es muy grave...

—Ya te lo habia yo dicho...

—¿Pero hay pruebas?...

—¡Palpables!... La niña está en su casa...

—¿Y qué haremos?...

—Hay un medio seguro de inutilizarla, deshaciendo así esa boda que te mortifica...

—¿Y cuál es?...

Manuel tomó la copa medio vacía, la llevó á sus labios, y dijo ántes de beber, con verdadera indolencia y como si de la cosa más sencilla se tratase:

—Denunciarla.

—¿Qué?—preguntó Fernando volviendo á saltar en la silla.

—Hoy estás torpe, querido; ni oyes ni entiendes...

—¿Has dicho denunciarla?

—Eso he dicho.

—¿A quién?

—¡Pardiez! Al Gobierno: la cosa es clara.

—¿Y quién la denunciará?

—Tú.

—¿Yo? ¡No entiendo!

—¿Otra vez?... ¿A quién importa que la boda no se haga?

—A mí.

—¿Quién ama á Elena?

—Hombre, yo, pero no veo...

—Pues para que Elena sea tuya, es fuerza que Clara deje de influir en mi padre, y para que deje de influir es necesario que alguien le arranque la careta, que mi padre sepa que es una aventurera y no una dama.

—Sí, es verdad, el plan es bueno, sutil, seguro... Pero... eso de ser delator...

—En este caso es un acto de patriotismo; son enemigos de España los aliados de esa mujer...

—Es verdad, es verdad... eso dá al hecho cierto relieve, cierto sabor, cierto colorido...

—Nadie lo sabrá; esas cosas permanecen en el misterio; pero tú ganarás en ello consideracion...

—Pues hagámoslo unidos...

—¡Eso es imposible!

—¿Por qué?

—Por mi carrera y por mi padre. Tú eres libre y nadie puede inculparte, en caso de saberse; pero yo, que no tengo en mi favor ninguna ventaja, sufriria el enojo de mi padre.

—Y yo, ¿qué ventaja tengo?

—Se necesita ser muy ciego para no verlo: amando á Elena, y siendo amado por ella, tienes el derecho de impedir que la sacrifiquen...

—Siempre tienes razon... ¿Y qué debo hacer?

—Es muy sencillo: pides una entrevista secreta al ministro de la Gobernacion y le cuenta lo que sabes.

—¿Y qué es lo que sé?

—Que Clara Blacker es una intrigante, una conspiradora; que ha venido aquí como agente de los insurrectos; que está con ellos en activa comunicacion; que un tal Salcedo vá y viene de Cuba con frecuencia, sin duda con instrucciones, y por último, que tiene en su poder una niña secuestrada por ese Salcedo, de cuyo negocio esperan una pingüe ganancia.

—¿Pero todo es verdad?

—Verdad probada en cuanto se quiera; Elena lo ha dicho...

—¡Ah! pues entónces no puede dudarse de su veracidad.

—Además, tú sabes y puedes hacerlo constar, que procura atraerse hombres eminentes, á los que dá comidas y reuniones;

que se ocupa de política; que indaga asuntos en los ministerios; que desaparece de repente, sin que se sepa por qué, y vuelve sin que nadie se explique su ausencia...

—Todo eso es verdad.

—El ministro lo sabe, y se la observa; pero el dia que una persona como tú se lo asegure, no dudará.

—Desde luégo—dijo Fernando envanecido con el elogio.

—Vendrá el escándalo; Elena no la verá más; mi padre huirá de ella por no complicarse en el asunto, y entónces, con el campo libre, muy torpe has de ser si Elena no llega á ser tu esposa.

—Lo será: conozco que eres un buen amigo mio, que quieres mi dicha, y seguiré tus consejos.

—Está bien—dijo Manuel conteniendo su alegría y alargando la mano para llenar de nuevo la copa á Fernando; brindemos á tus amores...

—Acepto—dijo Fernando apurando la copa.

—Y ahora al negocio...

—¡Cómo ahora! Mañana...

—No—dijo Manuel impaciente,—eso seria perder un tiempo precioso; no he

querido decirte que la boda está acordada para esta semana, y es preciso que ántes se produzca la explosion...

—¿Pero no habrá riesgo?

—Ninguno. Ya te lo he dicho.

—Y tú quieres que ahora...

—Ahora mismo: son las nueve de la noche—dijo Manuel consultando su reloj:—te vas al Ministerio, haces pasar una tarjeta al ministro, rogándole un momento de audiencia para un asunto urgente é importantísimo; te recibe, y... ya está hecho.

Fernando, aunque sentia su cabeza trastornada con los vapores del vino, dudaba en dar aquel paso; pero la imágen de Elena enamorada, que Manuel habia sabido trazar hábilmente ante sus ojos, le fascinaba.

—Decídete — dijo éste poniéndose de pié,—ó renuncia á Elena.

—Estoy decidido: ¿dónde te veré para darte cuenta de mi comision?

—Por hoy no hay prisa; mañana á las dos, como de costumbre, en Fornos.

—Vamos, pues.

—Adios, no conviene que vayamos juntos: además, yo tengo que hablar á Elena.

—Díla que la adoro...—dijo Fernando tomando el sombrero y saliendo.

—Con mucho gusto—le dijo Manuel haciéndole una señal de despedida, y llamando para pedir la cuenta.

Pagó, se puso tranquilamente su abrigo, y salió con alegre semblante, dirigiéndose al teatro.

CAPITULO IV.

Fernando Alvarez no faltó á la cita de Manuel: á las dos entraba en el café de Fornos.

Estaba pálido é inquieto; miraba á todos lados con recelo, como el niño que se considera culpable y teme el castigo.

Manuel comprendió al verle sus inquietudes y se adelantó á su encuentro: tambien él estaba disgustado y sombrío; pero de tal modo el desaire que creia haber sufrido al rechazarle Clara le inspiraba ódio y dolor, que no se arrepentia, ántes bien, le parecia poco para vengarse de ella el paso que habia dado.

Esos caractéres débiles y orgullosos no tienen otro punto vulnerable que la vanidad, el estúpido amor propio, y cuando en éste se creen heridos, son capaces de todo para vengar su ofensa.

—¿Y bien, qué hay?—preguntó á Fernando.

—Dios quiera que salgamos bien de este enredo—dijo con débil voz el gomoso.

—¿Tienes miedo?

—Me parece que no es nada agradable...

—Elena sabe ya que puede esperar...—le interrumpió Manuel, que no queria que Fernando tuviese tiempo de arrepentirse.

—¡Ah!... cuéntame, cuéntame lo que dice.

—Te ama, y al saber que trabajas para unirte á ella, te admira.

Fernando, lisonjeado con estas palabras, se sonrió, y tomó asiento con Manuel.

—Por supuesto que ignorará...—dijo.

—¿Por quién me tomas? ¡Pues ya lo creo!

—En fin, veremos...

—¿Qué pasó?

—No pude ver al ministro: hallé al subsecretario, el cual me dijo que habian recibido anónimos en ese sentido.

—¡No te lo decia yo!... Si todo el mundo lo sabe.

—Sí, pero un anónimo nada dice... Se me prometió el secreto inviolable, se me

hizo dar toda clase de datos, que por cierto pocos pudieron ser, porque no éstoy enterado, y últimamente, y esto es lo peor del caso, tuve que quedar responsable de lo que afirmaba, para el caso probable de que resultase falso...

—¡Bah!...

—Todo es posible...

—No lo temas: la cosa es muy clara.

—Sí, pero ella, segun tú dices, sabe mucho y puede hacerla parecer turbia.

—Lo dudo.

—Es que no me haria ninguna gracia encontrarme envuelto en un negocio de ese género.

—No haberlo hecho.

—Tú tienes la culpa.

—Eres un cobarde: no mereces el amor de Elena.

—Pero hombre...

—¡Y bien! ¿Qué puede pasar? Si no se probara que sí se probará lo que tú has denunciado, siempre será un acto de patriotismo, de lealtad...

—Eso es lo único que me anima.

—¿Eso nada más? ¿Y Elena?

—¡Oh!... Pues si no fuera por ella... Pero díme, ¿cuándo la veré?

—Cuando todo esté terminado.

—Debias, ya que protejes nuestros amores, proporcionarnos una entrevista.

—De ningun modo; seria descubrir nuestro juego.

—¡Dices bien, pero tengo tantos deseos deverla!...

—Es preciso esperar.

—¿Hasta cuándo?

—Hombre, ya te lo he dicho—dijo con impaciencia Manuel;—cuando todo esté arreglado: ántes seria imprudente.

—Esperaré—dijo con entonacion cómica Fernando,—hasta que el destino quiera.

—Es lo mejor que haces.

—Pero tú entre tanto...

—Yo te daré noticias suyas cuando te vea.

—Yo iré...

—De ningun modo. Tú no debes despertar sospechas en mi padre.

—¡En mi rival!...

—¡Qué rival ni qué diablo, si puede ser abuelo de esa chiquilla—dijo con seco acento Manuel;—no es un rival sino un instrumento de esa mujer.

—Pero, ¡qué infame!... ¿Qué daño le hemos hecho ni Elena ni yo?...

Manuel iba á contestar, sin duda, pero mirando con desprecio á Fernando, hizo un leve movimiento de indiferencia.

—Hemos concluido—dijo,—por ahora de esto no se hablará más, ni hay para qué. Tan pronto como Clara sea detenida por conspiradora, mi padre dejará de verla; su entusiasmo por Elena se enfriará, yo cuidaré de que desaparezca por completo esa manía casamentera, y entónces te presentas tú, pides la mano de Elena, te se concede y *requiescat in pace*...

—Amen—dijo riendo Fernando.

Manuel se levantó.

—¿Te vas?

—Sí, tengo que hacer.

—¿Dónde te he de ver?

—Donde por casualidad me encuentres. Yo te buscaré si hay alguna novedad.

—Siempre vendré aquí á esta hora.

—Corriente. Adios, pues.

—Adios. ¡Ah! Mira, díle á Elena que la adoro, que no puedo vivir sin ella... ¿Se lo dirás?

—¡Ya lo creo!... ¿De qué habia de hablarla sino de tí?

—Oye una palabra, espera; ¿y crees tú que ella me ama?

—¡Otra vez!... Tal creo...

—Como nunca me lo ha dicho...

—Es tímida como una paloma.

—Mejor, mucho mejor... Pero es desdeñosa conmigo.

—Por pudor, por pudor... ya lo sabes!

—¡Oh! ¡Qué divino pudor!... No sé cómo pagarte... A no ser por tí... Pero dí, ¿por qué te tomas tanto interés?...

—¡Hombre!... ¡No lo adivinas!... Por tí, por ella y...

—Dílo.

—En secreto—dijo Manuel bajando la voz;—y porque no quiero que se case mi padre.

—¡Ah, es verdad!... ¡No te conviene! Ya estoy enterado, ya no dudo de nada..... Adios, Metternich.

—Adios, Maquiavelo—dijo alejándose el marino, en tanto que Fernando muy satisfecho volvia á sentarse para esperar á sus amigos.

CAPITULO V.

Teodosia estaba tranquila y contenta en el pequeño y perfumado nido que Clara le habia preparado.

La niñez y áun la juventud, tiene una especial facilidad para aceptar todo cambio, para acostumbrarse á toda situacion nueva, para olvidar el pesar y aceptar la alegría: como dice Víctor Hugo, la tierna rama se romperia si hubiese de soportar el peso de ese triste fruto que se llama el dolor...

Recordaba á Clara y á Nicolás sin amargura; esperaba verles, ignoraba lo que de ellos les separaba, y estudiaba con afan, deseosa de compensarles con sus adelantos los cuidados que les debia.

Dolores la cuidaba, la acompañaba, la atendia como una madre.

Sentia compasion y cariño por aquella criatura tan hermosa y tan buena, la hablaba constantemente de Clara, presenciaba sus lecciones, la acompañaba sirviéndola

en su ligera *toilette*, y era para la niña una solícita servidora, al par que una guardadora severa y prudente.

Una mujer hubiese sufrido el hastío horrible de aquella soledad que parecia una reclusion, de aquel aislamiento que semejaba el abandono.

Pero una niña que habia vivido siempre retirada y sola, nada extrañaba ni nada deseaba tampoco.

Estudiaba con ardor, leia, tocaba, pintaba, y las horas se le pasaban ligeras, y cuando el sueño venia á cerrar sus blancos párpados, ninguna idea triste la desvelaba; se dormia sonriendo y deseando el mañana para acabar ó adelantar la comenzada obra.

Un dia tuvo una idea que consultó á Dolores: queria hacer un retrato de Nicolás, regalárselo á su vuelta y sorprenderlo.

Dolores consintió en ello, y se ofreció á tomar de la casa de Clara, que Teodosia creia cerrada y sola por ausencia de su dueña, un retrato en fotografía de Solís.

Al dia siguiente el retrato estaba en poder de la niña; Clara habia consentido gustosa en aquel capricho, si bien creia que con las ligeras nociones de pintura que tenia Teodosia, su deseo quedaria convertido en defectuoso ensayo.

Se interesaba, sin embargo, en el éxito de aquella idea, que la inspiraba una profunda ternura, y dió órden á Dolores de complacer á Teodosia en todo.

Para ésta fué una gran alegría el poseer un retrato de su protector.

Miraba fijamente horas enteras aquellos ojos de profunda mirada, aquella boca triste y noble, aquel rostro tan atractivamente simpático, y acabó por grabar tan vivamente en su pensamiento las facciones que deseaba copiar, que su maestro, cómplice tambien en el secreto de la niña, quedó admirado de la propiedad con que trazó sobre el lienzo el bosquejo de ellas.

Al mismo tiempo que trabajaba con ardor en el retrato, tuvo la idea de escribir para Clara sus impresiones, pues le parecia una ingratitud pensar sólo en la vuelta de uno de sus protectores, y olvidar á la que tantas pruebas de cariño debia.

Para esto contó con Dolores.

Hizo un pequeño cuaderno de papel, lo cosió con una hebra de seda, y escribió en su cubierta:

PARA MI QUERIDA PROTECTORA
CLARA BLACKER.
RECUERDO DE TEODOSIA.

CAPÍTULO VI.

Acababa Clara de levantarse, triste é inquieta, porque ni podia ver á Teodosia ni habia sabido de Nicolás, y el corazon cuando se acostumbra á un afecto, siente con la ausencia de la persona querida algo parecido á una asfixia, cuando la avisaron que un señor que se decia juez, y otro que parecia escribano pedian permiso para entrar.

Sorprendida por tan extraña visita, dió órden de que pasasen al salon, y cambiando su blanca bata por un vestido de seda negro, recogidos sus cabellos en una gorrita de encaje, salió á recibir á sus extraños y matutinos visitadores.

De pié, en medio del salon, vestidos de negro, y graves y sérios como la mision que desempeñaban, estaban el juez y el notario inspeccionando con atenta mirada y en silencio los ricos muebles que lo decoraban.

Cuando Clara apareció, ambos miraron ávidamente á la hermosa dama, que con su semblante noble y triste, con su mirada profunda y sus maneras distinguidas se hacia simpática desde luégo.

Clara les hizo un leve saludo, y sin tomar asiento, sin indicarles que lo tomasen, les preguntó con voz breve y altiva:

—¿En qué puedo complacerles?...

—Perdone Vd., señora—dijo el juez algo ofendido del tono seco de Clara,—si venimos á molestarla; pero cumplimos un deber, es decir, una órden—añadió al ver el movimiento de extrañeza que hizo Clara.

—¡Una órden!...—exclamó ésta.

—Precisamente.

—No sé—dijo Clara cada vez más sorprendida,—qué órden puede ser esa... Siéntense Vds., si gustan.

—Gracias, señora—dijo el juez dulcificando su acento, porque el aspecto distinguido de Clara le imponia á su pesar respeto:—seremos breves, á fin de molestarla lo ménos posible.

—¿De qué se trata?—preguntó Clara.

—Dios sabe que siento haber sido yo el encargado de esta mision, pero la voluntad no basta...

—Ruego á Vd.—dijo impaciente Clara,—que se explique.

—Voy á complacerla. ¿Su nombre de Vd., señora?

—Clara Blacker, viuda de Mena.

—¿Su nacionalidad?

—Española; he nacido en Cuba, en Puerto Príncipe.

—¿Hace mucho que reside en Madrid?

—Un año.

—¿No ha salido de Madrid en ese tiempo?

—¡Caballero!—murmuró Clara pálida de ira;—no comprendo el por qué de este interrogatorio...

—Otra vez perdon, señora, pero es preciso.

—Sea, pues—dijo Clara con voz trémula,—ya que lo exige: he salido de Madrid para Cádiz, donde he permanecido unos dias...

—¿Sola?

—¡Oh!—murmuró Clara cada vez más pálida:—¿Podré saber el derecho con que se me interroga?

—Con el derecho que dan las leyes de nuestro país, para evitar que á ellas se falte, ó para castigar la falta si existe.

—¡Caballero!

—Siento mucho, señora, siento verdaderamente que pueda hallar la más leve ofensa en el cumplimiento del enojoso cargo que desempeño aquí: los hombres públicos, los hombres de justicia sobre todo, tenemos que someternos á pruebas muy duras, y una de ellas es la de provocar enojos de los que somos moral y materialmente inculpables... Yo lamento la molestia que se le ocasiona; yo seré el primero en felicitarla si resulta infundada la acusacion que provoca este acto...

—¡Se me acusa á mí! ¿Y de qué?

—Nada puedo decir aún, señora, sino que la justicia necesita incautarse de sus papeles, y detener á Vd. en su casa hasta que el hecho se aclare...

—¡Ah, Dios mio!...—dijo Clara apoyándose en el respaldo de un sillon como si fuese á caer.—Pero ¿qué he hecho yo, quién me acusa?...

—¡Bah!... ¡Qué diablo! Acaso lo más sencillo, la cosa más insignificante que ha podido interpretarse mal... Es preciso no desalentarse por estas pequeñas contrariedades.

—Pero á nadie se acusa sin pruebas...

—Eso buscamos... Si no parecen...

El juez, al decir esto, miraba fijamente á Clara como si esperase encontrarlas en la turbacion de la orgullosa dama, cuyo semblante pálido y alterado, sólo revelaba asombro.

—Si no parecen,—repitió maquinalmente y como siguiendo el pensamiento del juez Clara.

—Si no parecen, puede Vd. perseguir á sus calumniadores: la ley le dá medios para ello.

—Y miéntras tanto, ¿quién me evita á mí esta humillacion, y quién me proteje contra la calumnia?

—Nadie la humilla ni la molesta, señora—dijo el juez, ya realmente ofendido por el tono altivo de Clara:—se toma una medida de precaucion y nada más.

—Está bien—dijo Clara, que comprendió que era una torpeza insigne el hacer de aquel funcionario público un enemigo: —pueden hacer lo que gusten, señores; no me opongo.

—Ante todo, ¿dónde está la niña?

—¿Qué niña?—preguntó más asombrada aún Clara.

—Una niña cubana que debe hallarse en su poder...

—¡Ah, la niña!... ¡La busca él, la pide él!—gritó Clara loca de espanto, creyendo que Nicolás reclamaba de aquel modo á la pobre criatura.

El juez y el escribano cambiaron una mirada que parecia la confirmacion de una creencia.

—¿Dónde está?—volvió á insistir el juez, en tanto que el escribano, aproximándose á un mueble para extender el papel que llevaba arrollado, se disponia á escribir.

—Entendámonos—dijo Clara que ante el peligro habia recobrado el valor;—¿quién reclama esa niña y para qué se reclama?

—¡Ah!...—murmuró el juez mirando fijamente á Clara, porque en la tranquilidad repentina de ésta y en la dureza de su acento creyó ver que se disponia á fijar condiciones.—¡Ah!... ¡Ah!... Veremos...

—Por favor, le suplico una contestacion clara y fija—dijo la hermosa americana con una agitacion creciente;—me estoy volviendo loca, y no acierto á comprender.

—Expliquémonos, señora—dijo el funcionario de la ley suavizando su acento,—expliquémonos; nuestras intenciones no son molestar á Vd. en lo más mínimo, y si

hemos venido aquí, en cumplimiento de un deber, estamos dispuestos á favorecerla en todo...

Y al hablar así miraba los soberbios brillantes que irradiaban sobre las rosadas orejas de Clara, como dos enormes gotas de agua, y los riquísimos muebles, las colgaduras suntuosas, los bronces, los costosos juguetes artísticos que enriquecian el salon.

—Gracias—dijo ingénuamente Clara, sin comprender la intencion de aquel ofrecimiento,—gracias; pero, en verdad, que no sé de qué se me acusa.

—Se trata de la niña—dijo el juez con tono misterioso;—en este momento me es imposible decir más.

—¿De la niña? Pero ¿quién la reclama?

—¿Luégo la niña existe y está oculta?

—¡Dios mio!—dijo impaciente Clara—¡yo no comprendo nada! ¿A qué niña se refieren?

—Permítame Vd., señora, que le advierta que se contradice: acaba Vd. de preguntarnos quién la reclama, y eso prueba que sabe Vd. de quién se trata.

—Es que yo me referia á una niña confiada á mi cuidado por su padre adoptivo:.

pero no puedo creer que sea de ella de quien me hablan, porque no sé qué puede haber de comun entre la justicia y esa pobre huérfana.

—Puede que sí, porque la justicia llega á todas partes,—dijo todo osco el juez, al cual no habia agradado mucho que Clara no comprendiese que trataba de entablar negociaciones.

—Pero reclaman la niña?

—No señora; mi mision por hoy se reduce á incautarme de sus papeles, guardarlos y sellarlos, y preguntar á Vd. en dónde se encuentra esa niña.

—¡Mis papeles!—exclamó asustada Clara;—¿pero quién autoriza esto, qué motivo hay?...

—La ley, señora, y acabemos, porque me es imposible perder más tiempo en tan pequeño asunto.

—¡Oh, yo reclamaré! Veremos con qué derecho se me hace sufrir esta humillacion...

—Vd. hará lo que guste; yo entretanto hago lo que se me ordena: sírvase Vd. indicarnos el sitio donde guarda sus papeles, para evitarnos una pesquisa enojosa, y tranquilícese porque nada malo va á sucederla.

Clara comprendió que toda resistencia era inútil, que estaba sola, que si habia sido víctima de una acusacion infame, no seria posible desvanecerla con pretestos, sino con dejar que la verdad se hiciese ver en las mismas pruebas que se buscaban, y se rehizo, adelantó serena y altiva, y entregando al juez un llavero de plata que encerraba algunas pequeñas llaves, le dijo, señalándole un elegante *secretaire* de palo santo con incrustaciones:

—Ahí están mis cartas de estos últimos meses; mis papeles de familia están en Cuba, en mi casa; estas habitaciones no son otra cosa para mí que un apeadero en mis viajes por la Península.

El juez tomó las llaves; abrió y comenzó á tirar de los pequeños cajones que en su interior guardaba el lujoso mueble é iba recogiendo cuanto en ellos se encontraba, cuando en uno de ellos aparecieron en un abultado paquete las cartas de Nicolás. Clara palideció tan densamente que pareció que iba á morir. Su mano se extendió para apoyarse en un mueble cercano, y una nube cruzó ante sus ojos; nada dijo, sin embargo: inmóvil y fría permaneció de pié, hasta que los representantes de la Ley terminaron su tarea.

—¿Las señas de esa niña que está á su cargo, señora?

—¿El nombre de esa niña?—dijo Clara.

—Deseamos saberlo por Vd.

—¡Ah!—dijo Clara comprendiendo que no se trataba de Nicolás,—puesto que el nombre se ignora, no sabiendo yo por quién se me pregunta, no puedo contestar.

—¿Se niega Vd. á ello?

—No sé á quién se refiere Vd.: esa es mi última palabra en este asunto.

—Está bien: queda Vd. desde este momento detenida en su casa, y quedan intervenidas por la ley cuantas comunicaciones se le dirijan, hasta que, como yo espero—añadió el juez con una agri-dulce galantería,—quede probado lo falso de la acusacion que sobre Vd. pesa.

Clara, incapaz de pronunciar una sola palabra se inclinó en silencio, y el juez salió seguido del escribano, que llevaba en sus manos los papeles recogidos en el *secretaire* de Clara, y miraba por encima de sus verdosos anteojos á la hermosa y rica viuda, con la misma expresion de codicia con que mira el gato la deseada presa que el azar ha puesto fuera del alcance de sus uñas.

CAPITULO VII.

Nicolás Solís sufria en Cuba esas intermitencias de carácter que traen siempre consigo las situaciones anormales.

Renovados bruscamente sus dolores por las declaraciones de la negra Luisa, lanzadas sobre el nuevo afecto de su alma las dudas que aquellas palabras hacian nacer, sufria esa agonía íntima y lenta que arroja la desesperacion como un velo de sombra sobre todos los sentimientos.

Teodosia era para aquella pobre alma agobiada de dolores, como un rayo de blanca luna esparciendo reflejos sobre las ruinas de un incendio, como una alborada húmeda de rocío sobre un campo agostado, y al saber que aquella dulce criatura, tan tierna y tan involuntariamente amada, era hija de su enemigo, del asesino de su Clara, la duda excéptica adormecida en su pensamiento por la suave influencia de una

mujer, se alzaba irónica y sangrienta, y la maldicion contenida en sus labios por la dulzura de un afecto nuevo, volvia á rugir en ellos.

Nicolás era mucho más desgraciado que cuando halló á su hija muerta y ensangrentada: entónces no dudaba; su dolor era claro y definido: matar, odiar, vengarse.

El hombre vá sereno cuando sabe á dónde vá: lo que le abate, lo que le debilita, es la indecision, la duda.

Al aproximarse á su anhelada venganza, el fantasma sangriento se desvanecia, y con sus mismas tintas se formaba una dulce imágen, pálida, blanca, purísima, que parecia pedir perdon y ofrecer olvido.

Nicolás reconocia esta imágen: era la niña á quien habia jurado proteger, y era la hija del hombre á quien habia jurado exterminar con su odiosa generacion.

Dos juramentos igualmente terribles, é igualmente exigentes.

El uno habia de anular al otro; pero ¿cuál debia ser?

La lucha era de vida ó muerte; Nicolás lo sabia y no rehuia el dolor, ántes bien lo avivaba analizándolo.

Era imposible vengarse en Teodosia: la

amaba contra su misma voluntad; era un amor que se aferraba en el ódio, y tomaba de él su fuerza.

La niña inofensiva y dulce, la criaturita huérfana y sin amparo, la angelical cabeza rubia que tanto se parecia á aquella otra cabeza negra que él veia siempre flotando sobre su propia sangre, era una vision constante de su pensamiento, que en vano pretendia rechazar.

La carta de Clara que ya conocemos, avivó la lucha como esclarece una luz el dudoso perfil de una figura oculta en la sombra.

Su vehemente carácter, excitado aún más por la lucha que parecia iniciarse en la defensa que Clara hacia de la niña, halló al fin la anhelada solucion, y escribió á Clara lo siguiente:

«Tu carta no me dice nada nuevo acerca de tí, mi querida Clara; eres un ángel, y así piensas y así sientes; pero como yo soy, no un espíritu elegido como tú, sino un sér miserable ó maldito que se siente azotar por el dolor como un esclavo por el látigo infamante; como yo no conozco de la vida otra cosa que sus miserias y sus horrores, héme aquí que te admiro, que te

venero como á lo más santo, como á lo más sagrado que conozco, pero que no puedo imitarte.

El afecto que me pides para esa niña lo ofrece mi corazon como tributo involuntario, á no sé qué oculta fuerza, pero ese mismo afecto es mi más grande, mi más profunda desesperacion, porque amando yo al asesino de mi hija en la suya, soy un miserable, y mi razon protesta contra semejante bajeza.

Pero no comencemos de nuevo esta enojosa lucha: la duda no se discute, se acepta ó se rechaza.

Además, ¿por qué he de arrojar yo sobre tu corazon las negras sombras que asfixian el mio? ¿Con qué derecho?

Te he dicho en otra época, feliz para mí aunque la creia tan desgraciada, que te amaba con mi primero y único amor; si mi fantasía rodeó esta afirmacion de vaguedades, en su fondo estaba la verdad, Clara, como está en el fondo de los amontonados celajes el foco luminoso de la estrella.

Si hoy te hablo de ello es porque quiero que me creas; quiero que sepas que al huir de tí realizo una abnegacion y un martirio, no un acto de inconstancia ni de locura.

Puesto que amas á esa pobre y abandonada criatura con amor de madre, sélo para ella; que tu gran corazon la abrigue en su orfandad, que tus virtudes borren el estigma sangriento que mancha su frente.

Amala, y sed las dos felices pensando alguna vez en el que morirá amándoos.

Te envio la carta póstuma de Herrera; mi voluntad, que creo tan digna de respeto por lo ménos como la del asesino, es que no se lea hasta la fecha que él mismo marcó: ¿quién sabe si de ese modo retrasamos un dolor, acaso mortal, á esa criatura que ha nacido con tan extraño destino?

Esa es mi voluntad y lo único que te pido: ahora, adios. No me busques, no me escribas, no me esperes; seria en vano. ¿Quién sabe á dónde vá el átomo que se disuelve en el vacío?

¿Está en la luz, en el calor, en el aire, en la tierra?

¿Lo hollamos ó lo aspiramos? ¿Lo llevamos sobre la frente cual molécula sagrada, ó lo aplastamos bajo nuestros piés como vil podredumbre?

¡Quién sabe!

Y despues de todo, ¡qué importa! ¿Acaso en la trasformacion del cosmos es eterna la luz ni la sombra?

Pues si todo cambia, ¿á qué ufanarse de nada?

¡Oh! ¡Qué hermoso ha de ser el cambio á la paz, á la calma, á la dicha, de un alma desesperada!..

Adios, Clara, adios: nunca la hables de mí; pero si muriera, bésala en mi nombre.

Nicolás.»

Una vez enviada esta carta, Solís pareció recobrar su autonomía, su serenidad.

Decidido á morir, tuvo vergüenza de la cobardía del suicidio, y buscó la muerte por otros medios.

Los campos de Cuba volvieron á verlo con la mirada calenturienta, el cabello encanecido por el dolor y la mano crispada sobre la brida de un caballo, ir á donde era mayor el peligro, no acaudillando una partida de rebeldes, no dando apoyo á un bando, sino luchando contra todo lo injusto, contra todo lo infame, defendiendo la debilidad y la razon como especie de *Don Quijote* sublime, decidido á vengar el daño ageno, ya que no podia vengar el propio.

Su vida aventurera, errante, dolorosísima; su peregrinacion en busca de la muerte, seria imposible seguirla paso á paso, y hé

aquí que la abarcamos de una sola ojeada para detenernos en un episodio que tiene para nuestra historia el más vivo interés.

En uno de los sombríos parajes donde los descontentos del órden social establecido forman su guarida como las fieras, para desde allí acechar su presa y devorarla, se encontraba un antiguo conocido nuestro, Francisco, el marido de la anciana criada de Clara, y su situacion no era, en verdad, nada agradable.

Habia caido en poder de cuatro hombres, tres de los cuales eran negros, que, despues de haberlo despojado de cuanto poseia, querian tostarlo vivo por el grave delito de haberse comido un papel, que oculto llevaba, y creer los bandidos que se trataba de algun grave documento y que era un espía el que se negaba á decir el contenido del papel.

—Mejor es sacarle los pedazos de papel del estómago agujereándoselo,—decia el hombre blanco.

—¡No, no!—aullaban los otros;—quemarle, quemarle, para que arda con él su secreto.

—¡Dejadme—decia el pobre Francisco trémulo y azorado,—dejadme, y mi señora

os dará por mí el oro que pidais!

—¡Já, já!... ¡Buena máula estás tú para que te paguen á peso de oro!...

—¡Oh, por Dios!...

—¡Dios! ¡Dios!...—exclamaba el blanco.

—¿Qué le importa á Dios de un pobre diablo como tú?

Luchaba Francisco en vano; rotos sus vestidos, agotadas sus fuerzas, se dejaba arrastrar desesperado hácia un árbol, á cuyo tronco debian atarle, debatiéndose inútilmente contra la superioridad de sus enemigos, que eran cuatro para uno y fuertes y jóvenes, cuando él era débil y anciano.

La lucha se habia hecho repugnante, violenta, dolorosa: Francisco se defendia aún, aullaban y reian cínicamente los bandidos, cuando se oyó resonar el galope de un caballo.

—Calla—dijo uno de ellos á Francisco que se puso á pedir socorro desesperado,—calla ó mueres.

—Se aleja,—dijo otro.

—No, rodea la trocha y va á salir ahí cerca.

—¡Bah!...

—Vámonos,—dijo un moreno.

—¡Cobarde!.. ¡No somos cuatro!..

—¡Es verdad!... Al primero que se acerque le haremos fuego.

—Es el caso que no hay más que un tiro, tenemos los rifles descargados...

—Y bien, un tiro sobra si se acierta,—dijo el blanco.

—En aquel momento el caballo, cuya carrera se habia oido, desembocó en la pequeña esplanada que formaba el bosque, y se detuvo de repente contenido por la diestra mano del ginete.

—¡Señor!—esclamó Francisco con una explosion de alegría,—¡señor, gracias á Dios que le veo!...

—¡Francisco!—gritó sorprendido Nicolás Solís, que él era,—¿qué es esto? ¿Qué pasa aquí?

Los bandidos habian formado círculo alrededor de Francisco de una manera hostil y provocativa, como si defendieran su presa contra todo.

—Voy á contestarte,—dijo rudamente uno de los negros disparando el rifle.

Nicolás encabritó rápidamente su caballo, y la bala fué á perderse en el pecho del noble animal, que vaciló y cayó.

Nicolás habia saltado al suelo con su

rewólver levantado en alto: cuando los bandidos le vieron avanzar armado y resuelto, tuvieron miedo y huyeron, abandonando á Francisco.

—Pronto—dijo éste al sentirse libre de las ligaduras que le sujetaban,—huyamos, señor, pueden volver.

—¡Bah!... han visto el rewólver y no volverán; pero, ¿qué haces aquí?

—Vámonos, señor, vámonos.

—Sea; pero habla, ¿qué haces aquí?

—Lo buscaba á Vd.

—¡A mí! ¿Y por qué?...

—La niña Clara lo manda.

Nicolás sintió una ardiente llamarada abrasar su rostro: la imágen de Clara, llevando de la mano á Teodosia, surgia sobre el fondo pálido del cielo como una evocacion ante su vista.

—¡Ah!—dijo conmovido,—¿y para qué?

—La niña me hizo venir cuando creyó que Vd. habia muerto, y cuando yo pude hallar algun indicio de su paradero, usted habia salido de Cuba...

—Sí, pero...

—La niña Clara lo supo por mí y me mandó continuar aquí, vigilando su hacienda: despues me dió el encargo de bus-

carlo de nuevo, y por último, ayer me envió un parte por el telégrafo para que le dijera...

—¿Qué? ¡Acaba!

—Señor, para que no lo leyesen los ladrones he tenido que tragármelo, pero lo recuerdo bien, decia: «busca Nicolás; díle que Teodosia es su hija, que venga inmediatamente; Clara.»

—¿Qué dices? ¡Tú estás loco ó yo no te comprendo!

—¡Eso decia, señor!...

—¿Estás cierto? ¿No deliras?

—Señor, juro por mi alma que decia eso.

—¡Dios mio! ¡Dios mio!—murmuraba Nicolás;—¿qué es esto, qué quiere decir esto? Dice que Teodosia es mi hija... ¡Ah!... su madre, la pobre Caridad... la desgraciada... sí, su edad conviene con la fecha de su fuga, pero yo... imposible; voy á volverme loco, ¡si no puede ser, si yo no quiero que sea!...

En tanto que esta conversacion tenia lugar, se habian aproximado al pueblo de C..., y Francisco dijo á Nicolás:

—Tiempo hace, señor, que tengo en mi poder una carta para usted de la señorita Clara...

—¡Para mí!.... ¡Una carta!.... Dámela pronto...

—Hemos de ir á buscarla á la casa en que me hospedo; hace tanto tiempo que la tengo, que casi la habia olvidado: la niña la escribió cuando Vd. desapareció, y yo vine á buscarle.

Nicolás avivó en silencio el paso; Francisco le siguió, y en breve llegaron á la modesta casa donde el anciano se albergaba.

Entró Francisco á buscar la carta y Nicolás lo esperó con impaciencia febril.

Al fin el anhelado papel estuvo en sus manos, y las palabras de cariño de Clara, tan ardorosas y tan sinceras, llevaron á su pensamiento la luz y á su corazon la calma.

¡Ella lo amaba, la mujer superior, la elegida entre todas, la mujer inteligente, noble y altiva que le habia inspirado tan fantástica pasion, lo amaba tambien!...

Leyó mil veces la anhelada carta; respiró como si quisiera aspirar algo de nuevo, de sagrado y de eterno en aquellas benditas palabras, pasó la mano por su frente, y dijo á media voz, como si estuviese ébrio ó sonámbulo.

—¡Ella mi esposa! ¡Teodosia nuestra hija! ¡Qué sueño tan hermoso!

—Y bien— añadió en voz alta,—en el primer buque que salga para la Península me voy.

—Y yo tambien, señor; tengo órden de acompañarlo: la señora lo quiere así.

—Me alegro por quien soy; así podré hablar de ellas, para convencerme de que no estoy loco.

Algunos dias despues, Nicolás se embarcaba para España, y en el mismo vapor y sin que él lo sospechase, venia una recomendacion al Gobierno para que se premiase por su valor y su lealtad á D. Nicolás Salcedo y Solís, que se habia batido denodadamente contra los insurrectos, contribuyendo á la pacificacion de la hermosa Antilla.

CAPÍTULO VIII.

Nuestros lectores no habrán olvidado la desagradable situacion en que hemos dejado á Clara Blacker, víctima de una infamia llevada á cabo tranquilamente por un necio, y preparada por una cobarde venganza del amor propio ofendido.

Aturdida, sin saber qué partido tomar, desconfiando de todo, pensó en llamar á Elena para que por su mediacion el general Salazar indagase el motivo de aquella extraña medida.

Elena acudió al llamamiento de Clara con sorpresa y pena; queria sinceramente á su amiga y se interesó con ardoroso empeño por salvarla.

Salazar nada sabia; los periódicos no se habian apercibido de ello; los criados notaban algo extraño, pero no sabian tampoco la verdad del hecho; así es que cuando el general Salazar llegó á casa de Clara, nada notó que le indicase lo que sucedia;

Clara le habló del vejámen sufrido, de sus papeles sustraidos, de su detencion en su casa, y le rogó preguntase la causa y buscase el medio de evitarla aquella molestia, pues no recordaba haber dado motivo, ni pretexto siquiera para ello.

Prometiólo así el general y salió para desempeñar su delicada mision, oyendo de labios del subsecretario de Gobernacion que en el ministerio habia una delacion en regla de Clara, como conspiradora y sospechosa de tener en su poder una niña robada á sus padres en Cuba.

Parecióle al general falsa de toda falsesedad semejante delacion; pero no queriendo juzgar un asunto tan grave, al parecer, por sus impresiones, pidió datos acerca del juez y el escribano que en él habian intervenido, y allá se fué bien ageno á la idea de que trabajaba por deshacer la obra de su hijo.

Recibió el juez con gran respeto á su visitante, y en gracia á la elevada clase de éste y á su mucha influencia, le prometió activar cuanto estuviese en su mano el esclarecimiento de la verdad en el hecho denunciado, para evitar molestias á Doña Clara, puesto que segun los primeros in-

formes resultaba inocente, si bien era extraña su negativa á declarar dónde estaba la niña reclamada.

Contra estas dudas Salazar empleó tales argumentos, que el bueno del juez se vió obligado á prometer solemnemente que dos dias despues el asunto estaria en pró ó en contra resuelto.

Algunas horas más tarde el juez y el escribano se presentaron de nuevo en casa de Clara para tomarla declaracion acerca de cuantos particulares la delacion contenia, y para saber qué lazos unian á Clara con la misteriosa niña, á la cual se aludia, y cuyo paradero se ignoraba.

Clara dijo la verdad completa, pero no declaró dónde se hallaba la niña. Insistia el juez, que tenia empeño en servir á Salazar, y sosteníase Clara en su resolucion, no sabiendo, como no sabia, si se trataba de alejar á Teodosia de su lado.

La lectura de las cartas y papeles de Clara, habia confirmado en el ánimo del juez las declaraciones de ésta: resuelto estaba á sobreseer la causa, no encontrando culpa, complaciendo de este modo á Salazar y ganando así su amistad, cuando una carta de Cuba, dirigida á Clara é interve-

nida por él, vino á darle la solucion del misterio.

Conocida es ya de nuestros lectores la carta escrita por Nicolás Solís, en la cual incluia la del desdichado Herrera, dirigida á Teodosia.

El juez se creyó en el derecho y áun en el deber de leerla, porque pudiera ser un ardid de conspiradores el valerse de medios tan novelescos y misteriosos, y cuando se sirve á la pátria es preciso saberla servir. Rompió, pues, denodadamente el sobre á vista de Clara, que temblaba al ver á un extraño apoderarse de aquel pliego que habia sido sagrado para Nicolás, y que lo hubiera sido igualmente para ella.

El velo iba á caer; la historia de Teodosia iba á aparecer claramente á su vista; sentia una vaga esperanza y una inquietud mortal; era uno de esos momentos supremos que tienen una duracion infinita.

Al fin el juez la devolvió las cartas, pidiéndole mil perdones por haberla molestado, y la aconsejó que debia proceder contra sus calumniadores, pues él no hallaba otro medio hábil de castigarles.

El general Salazar supo aquel mismo dia que nada resultaba contra Clara, que

se trataba de una vil calumnia, y queriendo ser útil á la amiga de Elena, fué al ministerio, rogó que no se la molestase más, no apareciendo culpable, y gracias á sus esfuerzos consiguió lo que parece muy sencillo, y sin embargo, no lo es tanto como parece: que se hiciese justicia á Clara pronta y eficazmente.

Digamos ántes de volver á hallarla que no pensó ni por un momento en vengarse, que no procuró siquiera saber el nombre de sus acusadores; el resultado obtenido habia sido favorable, puesto que sin la instruccion judicial, la carta del marido de Caridad, del asesino de la niña Clara, del que se creia padre de Teodosia no se hubiese leido, respetando ella como Nicolás el sagrado del secreto.

¡Y es que la Providencia se vale á veces de medios bien extraños para conseguir la realizacion de sus profundísimos designios, los cuales pocas veces comprendemos!

CAPITULO IX.

Los preparativos para la boda de Elena con el general Salazar habian dado principio, si no en secreto, por lo ménos privadamente.

Salazar, hombre de experiencia que vale más que ser hombre de mundo, y en muchos casos aún más que hombre de talento, sabia bien lo que puede ese pavoroso fantasma que se llama opinion pública, inofensivo si no se le irrita, temible si se le provoca.

No tenia por qué ocultar al público sus acciones, honradas y dignas; pero como por la diferencia de edad que mediaba entre Elena y él, su casamiento se apartaba un poco de lo corriente en tales casos, no queria hacer alarde de lo que podia prestarse á diversas interpretaciones.

Pocos eran, pues, y éstos pocos, amigos sérios y discretos, los que estaban en el

secreto del próximo acontecimiento que habia de dar á la huérfana Elena un nombre y una posicion.

Pero por prudencia que haya en ciertos detalles, y por reserva que medie en hechos tan importantes, siempre hay algo que lo revele, que lo indique al ménos, y Fernando Alvarez que, como recordarán nuestros lectores, esperaba haber obtenido la seguridad del amor de Elena, prestándose como dócil instrumento á los planes de Manuel, supo con dolorosa sorpresa que el enlace *monstruoso*, como él decia, de la niña y el anciano, iba á ser un hecho, y que nada podria él contra la realidad.

Su indignacion, su ira, su despecho, fueron semejantes á esa fugaz llamarada con que se enciende un puñado de pólvora, para deshacerse en humo.

Creyéndose engañado, con tanto más motivo cuanto más alejado de él se hallaba el marino; desesperado con el poco éxito de su intriga, se decidió á escribir á Elena, para lo cual pensaba le asistia un derecho lógico y claro, puesto que de acuerdo con ella, así al ménos lo creia, se le habia permitido esperar.

Elena, retirada y desconocida, cansaba

poco á esos repartidores de esperanzas y consuelos que se llaman carteros; con gran sorpresa, pues, recibió la carta de Fernando Alvarez cuya letra le era desconocida, y con mucha más sorpresa, con asombro pudiéramos decir, leyó lo siguiente:

«Señorita:

He sabido por azar de lo que se trata, y aunque no sé si debiera enviarla mis quejas en esta forma ó más bien por conducto del que me ha traido la vida con la esperanza de su amor, ha de permitir á mi dolor, á mi desesperacion inconsolable, este gemido escapado de mi alma, que se desgarra bajo el peso de su ingratitud y su abandono.

¡Sí! ¡Ingrata!... Cuando yo todo lo arrostraba por tí, cuando me comprometo ante la ley por separarte de ese odioso viejo egoista que quiere robarte á mi amor, tú pagas con tu falsía, con tu abandono, una pasion tan voraz, y me lanzas en el abismo del mal.

¡Oh! Ingrata!... ¿Vas á casarte con otro? ¡Pues me matarás, ó más bien me mataré, porque no podré resistir este golpe! ¡Si al ménos no me hubieras dado esperanzas!! ¡Pero hacerme creer que me adorabas para

matarme despues!... ¡Espero todavía!.... ¡¡Tú no querrás mi muerte!!

Perdóneme Vd., señorita, esta expansion; pero despues de las esperanzas que se me han dado en su nombre, tengo derecho á exigir, ya que no se cumplen, que se me dé la razon si me quejo.—Suyo apasionado, q. b. s. p. FERNANDO ALVAREZ.»

Elena leyó dos veces esta carta, creyendo haber comprendido mal, y con el pliego en la mano fué á buscar al general que ordenába unos papeles en su despacho.

—¿Deseas algo, hija mia?—preguntó el general, que la trataba siempre paternalmente, al verla detenerse tímida y confusa.

—Queria darle esta carta cuyo sentido no comprendo, pero que me parece ofensiva.

Adelantó Salazar en silencio y tomó el papel que le alargaba Elena, indicando á la niña que tomase asiento.

A medida que leia se fruncian sus cejas, y una expresion de disgusto se marcaba en su frente.

—¡Es inaudito!—exclamó al fin;—¿cómo y por qué se atreve á escribirte de este modo ese títere, que no tiene derecho ninguno para ello?

—Eso es lo que yo no entiendo,—dijo ingénuamente Elena.

—Veamos, hija mia, si lo entendemos—dijo bondadosamente Salazar;—ayúdame á descifrar el enigma.

Elena le miró fijamente con sus claros y serenos ojos llenos de candor, como si esperase ser interrogada.

—¿Tú has aceptado alguna vez las galanterías de este jóven, dándole una esperanza?—preguntó Salazar.

—Nunca—dijo sencillamente Elena.

—¿Has hablado de él con alguna amiga, ó le has dado á entender de algun modo tu simpatía?—volvió á preguntar el general.

—¡Jamás!—contestó Elena enérgicamente;—y mal podia yo demostrarle lo que no siento, pues nunca me ha sido simpático.

—Te creo, Elena, porque la inocencia no sabe mentir; pero es tan extraña esa carta sin un motivo que la justifique, que en la seguridad de que el motivo exista, me es fuerza buscar su orígen.

—Sí, es muy extraña—repitió Elena.

—El caso es tan delicado que exige un gran tacto para no provocar por él el ridículo ó el escándalo: se trata de un necio

que acaso obre así por capricho ó por atrevimiento; pero sea quien sea el que á tí se dirige de ese modo, no puedo permitirlo, ni como tutor, ni como tu futuro esposo.

—Yo tambien deseo esclarecer esto: yo no he dado derecho á nadie para escribirme así, y quisiera protestar de esa ridícula carta, pero sentiria que Vd. tuviese en ello un disgusto...

—No, hija mia, sé muy bien con quién he de habérmelas: me quedo con esta carta.

Elena volvió á sus habitaciones, y algunas horas despues el general salia decidido á ver al atrevido *gomoso* y á saber á qué aludia en aquella extraña carta, dirigida á una señorita que debia serle completamente respetable, tanto por la casa en que estaba, como por no haberlo autorizado nunca á la más ligera confianza.

En vano intentariamos describir la desagradable impresion del enamorado *sietemesino*, cuando el general Salazar, sereno y digno, cuanto al parecer indiferente, comenzó á indicarle el objeto de su visita.

Dudaba el insustancial jovencito en decir la verdad, intentaba distraer con vaguedades á su diestro interlocutor que

frío, sereno, tranquilo, seguia en su propósito con inflexible lógica, con argumentos irresistibles, hasta que cansado, vencido, avergonzado el pobre Fernando del ridículo en que se veia envuelto, quiso vengarse de Manuel, que en tales apuros le habia puesto, y con ademanes trágico-sentimentales, comenzó el relato de lo ocurrido, y confesó al general, que le oia al parecer impasible, pero con mortal angustia, la infame cobardía de que habia sido cómplice su hijo, que él creia un modelo de caballerosidad é hidalguía.

—Siento de veras—dijo el general conteniendo lo tembloroso de su acento, que podia revelar su indignacion;—siento y mucho haber intervenido en una broma de jóvenes, que tal creo será la intriguilla que me ha referido, porque esas cosas las miramos los viejos á través de nuestros empañados anteojos, y se nos abultan mucho, tanto, que nos parecen faltas graves, faltas dignas de severo castigo, las que acaso la juventud sólo vé como motivo de diversion inocente; pero una vez que he intervenido contra mi voluntad, y obligado por mi deber, es preciso llevar á cabo mi propósito; necesito que la señorita de Gi-

ron, mi pupila, mi futura esposa, reciba una carta en que se la pida con el respeto debido, disculpe otra carta en mal hora escrita, y que jamás debió dirigirse á mi honrada casa, pues creia yo que mi nombre era salvaguardia bastante para ponerla al abrigo de tales atrevimientos...

—¡Yo estoy pronto! Usted, señor general, comprenderá que he sido obligado por lo que se me ha dicho...

—Usted queda en libertad de entenderse con mi hijo, respecto á lo que le deba, que ni he de impedirlo yo, ni he de cargar en cuenta á él lo que se me deba á mí.

—Es muy justo... pero yo necesito una satisfaccion, pues él ha dado lugar á que yo sufra un disgusto.

—Y aún debe Vd. agradecer mucho á la señora á quien han molestado que no proceda contra Vd. como calumniador, pues tiene ese derecho; pero por fortuna no todos los corazones son miserables...

—¡Oh!...

—Advierto á Vd., señor de Alvarez, que si necesita á mi hijo, le busque pronto, pues vuelve al mar, donde permanecerá mucho tiempo: en cuanto á mí, hemos terminado; espero que cumplirá Vd. su oferta,

respecto á la señorita, mi pupila, y creo inútil advertirle que estando ausente mi hijo, nosotros no recibiremos más que á nuestros amigos.

El general se levantó frio, impasible, irritado, se inclinó con helada cortesía ante Fernando, y salió.

El jóven le miró alejarse pensativo y casi afligido. Le parecia que habia recibido una ofensa; pero no estaba seguro de ello.

La idea de buscar á Manuel, de pedirle explicaciones, de vengar en él el desaire recibido, pasó un punto por su pensamiento; pero al mismo tiempo recordó que el general le habia dicho que se embarcaria pronto, y se encontró consolado.

—Anda, anda—dijo,—para qué quiero yo exponerme á un disgusto provocándole, si estoy más que vengado con que vuelvan á encerrarlo en esa jaula de hierro que se llama barco, para que no tenga otra compañía que los peces y el agua!... Anda, anda, engaña allí á los grumetes con tus cuentos, señor marino, y no vengas aquí á comprometer á nadie.

Y diciendo esto, se pasó el cepillo por sus rizados cabellos, estiró su corbata, silbó

un aire de moda, tomó un baston, y ya se disponia á salir, como si nada le hubiese sucedido, cuando se acordó de que habia prometido al general escribir á Elena, y tirando el baston con ira, se sentó ante una mesa diciendo:

—Ante todo cumplamos lo prometido no sea que al maldito viejo se le antoje volver á visitarme: y vamos á ver qué le digo yo ahora á la niña... ¡Maldito marino!... ¡que no te tragara un tiburon!... No, y la verdad es que la chica me queria, pero no tiene libertad... y dice que no me recibirá... ¡ya lo creo! ¡qué ha de recibirme!... Si yo fuera un viejo como él... puede... en fin, que guarde á su insulsa niña, que como esté de Dios... Vamos á escribir.

Tomó la pluma y trazó las siguientes líneas:

«Distinguida señorita:

Ruego á Vd. me dispense, si por una equivocacion que lamentaré siempre, me he atrevido á molestarla con una carta cuya inconveniencia soy el primero en reconocer, y que espero tenga la generosidad de dar al olvido.

Con este motivo ofrece á Vd., señorita, su más distinguida consideracion, y b. s. p., FERNANDO ALVAREZ.»

CAPITULO X.

El general Salazar, ántes de volver á su casa, despues de oir al amigo de su hijo, se hizo llevar al ministerio de Marina para rogar al ministro, con el cual le unian relaciones de amistad y áun afinidades políticas, que diese por terminada la licencia de su hijo, y con cualquier pretexto le ordenase volver al mar.

Nada más triste para el cariñoso padre que separarse de su hijo algunos dias ántes de lo que debiera, y por su propia voluntad, pero al conocer la falta del jóven, su cariño de padre habia callado ante su indignacion de hombre honrado y caballero intachable, y ántes que fuese conocida aquella cobarde venganza, tomada contra una mujer sola, y por lo tanto indefensa, queria alejar á su hijo para evitar la vergüenza que habia de recaer sobre todos.

No queremos hacer de este personaje de

nuestro libro un Guzman, como el que esmalta la española historia, ni un *Lorenzo* como el que sublima el primero de los dramas de Echegaray: no; esas condiciones, si acaso existen en plena razon, constituyen una excepcion marcadísima, y los tipos con que el novelista forma sus *cuentos* son los conocidos, los que más fácilmente se encuentran en la realidad.

El general, que sintió un vivo dolor, un desengaño cruel al saber lo mal que su hijo habia procedido, no pensó ni en acusarlo públicamente, ni en reprocharle su falta: meditó en que el carácter de Manuel no sufriria bien la humillacion de un castigo; pensó en que acaso la libertad en que su excesivo cariño lo habia dejado, tenia la culpa de haber viciado aquella naturaleza hasta hacerla orgullosa y frívola, y creyó lo mejor alejarlo del foco de vicios y miserias que fomentan las grandes ciudades, dejándolo de nuevo solo y frente á frente á la naturaleza, esa gran maestra que tan grandes verdades muestra á la razon y tan profundas revelaciones hace al espíritu.

Algo de triste y sombrío hubiera podido adivinarse en su frente al reunirse aquel dia en el comedor, que ya conocemos, con

su hijo y su pupila: nada les dijo, pero parecia que temeroso de revelar su disgusto, de nada queria hablar.

Al final de la comida un criado entró llevando en una pequeña bandeja dos cartas; la una, que ya conocemos, era para Elena; la otra un pliego oficial para el marino.

Elena miró al general como interrogándole, y ante una rápida señal de éste, guardó el pliego en el bolsillo de su traje sin decir una sola palabra.

Manuel miró tambien asombrado á su padre, como si esperase la explicacion del misterio.

—¿Qué es eso?—preguntó con tranquilidad perfecta D. Juan.

—En verdad que no lo sé—contestó Manuel,—es de Marina.

—Míralo.

Rompió el sobre y leyó una órden para incorporarse á la escuadra que estaba en el Ferrol, sin pérdida de tiempo.

—Me llaman—dijo.

—¡Y bien!—contestó Salazar.—¿Lo sientes?

—¡Oh, no!... Pero esperaba que me dejasen cumplir los dias de licencia que me faltaban.

—Es igual—dijo algo friamente el general;—en tierra nada tienes que hacer, y en el mar, á más de cumplir un deber, puedes aprender mucho.

Manuel nada dijo; pero notó, sin duda, la expresion de disgusto de su padre, y un ligero extremecimiento recorrió su cuerpo.

—¿Y cuándo se irá?—preguntó Elena.

—Mañana—dijo con firmeza el general.

—¡Mañana!—exclamó Manuel:—dice á la mayor brevedad; pero no en el momento: nada ocurre, que yo sepa, que motive esta urgencia.

—Puede que lo olvides, aunque lo sepas: á veces olvidamos cosas bien sencillas, pero que influyen poderosamente en otras más graves.

—Puede ser; pero no comprendo...

—No es necesario: el Gobierno necesita de tí, y yo quiero que obedezcas; esto es todo.

—Está bien—dijo Manuel palideciendo, y volviéndose á Elena preguntó:—¿querias saber cuándo me iria? Ya lo sabes, mañana.

El silencio se hizo penoso: Manuel, ofendido al parecer por la expresion severa de su padre, estaba pálido y sombrío; el ge-

neral fruncía las cejas cada vez que recordaba la confidencia de Fernando; pero guardaba la reserva que se habia impuesto; Elena y su aya, Doña Ana, callaban tambien, presintiendo algo grave.

Al terminarse la comida, Elena pidió permiso para retirarse, y una vez solos el padre y el hijo, Manuel preguntó con voz algo trémula:

—¿Te he ofendido en algo, padre?

—Directamente no; pero estoy descontento de tus acciones.

—¡Oh!

—Ya sé que sufres al oirlo; ya sé que sólo de mí lo escucharias sin protesta; pero yo, tu padre; yo, que tengo el derecho de ser juez de ellas, te repito que estoy descontento, muy descontento, de lo que he podido ver y juzgar al tenerte á mi lado, y que espero que sea la última vez que tenga por tí un motivo de disgusto.

—¡Padre!

—Para protestar cuando se nos acusa es necesario mostrarse limpios de toda culpa; de no poder hacerlo así, es preferible callar: ¿qué has hecho tú en Madrid durante el tiempo que has permanecido á mi lado? ¿De qué manera has procurado

enaltecer el nombre que llevas? ¿En qué centros has intentado instruirte? ¿Qué recuerdos has dejado de tu inteligencia, de tu trabajo, de tu valor, en fin? ¿Crees tú que el hombre cumple su mision con arrastrar su vida como un fardo inútil, ora por el fango que la mancha, ora por la arena candente que la destruye, sin dejar á su paso una huella séria y profunda que eternice el recuerdo de sus virtudes, de su talento ó de su hidalguía? ¿Qué has hecho tú? ¿Qué haces que pueda enorgullecerme de tí, ó por lo ménos satisfacer mi esperanza de padre? Alternar con ignorantes ridículos que debieran inspirarte lástima, perder el tiempo en los cafés y en los círculos entre murmuraciones impropias de hombres que por tal se tengan; olvidar tus costumbres de trabajo y de estudio para adquirir los hábitos del perezoso indolente que para nada sirve, y tantas y tantas faltas como no quiero saber, que dejarán en pos de tí una triste memoria; esas han sido tus hazañas de esta temporada, que yo me prometia tan feliz: díme tú ahora si puedo estar satisfecho, si es esto lo que yo tenia derecho á esperar de tí, si puedo, en fin, morirme tranquilo en la seguridad de que

el heredero de mi nombre continuará con sus hechos las gloriosas tradiciones de nuestra familia.

—¡Padre!...

—Y bien; ¿no tengo razon? Dímelo.

—¡Oh, eres muy severo!

—No—dijo el general muy conmovido al oir á su hijo;—no; Dios sabe que más bien soy demasiado indulgente en esta ocasion, pero en otra no lo seré tanto: ya lo sabes.

—No he dado motivo...

—No hablemos más de ello: sólo deseo que hagas olvidar con nobles acciones las que no me hayan parecido tales hasta ahora.

—Lo procuraré, padre; y quiera Dios que te des por satisfecho; ahora permíteme que te pida un favor.

—Dí.

—¿No vas á casarte uno de estos dias?

—Sí,—contestó con un ligero suspiro Salazar.

—Pues bien; cásate mañana para que yo presencie la ceremonia; esto hará más solemne nuestra despedida.

—De todos modos, mi casamiento no ha de alejarme de tí, ni ha de influir para nada

en mi cariño—dijo D. Juan comprendiendo la ligera inflexion de amargura que se ocultaba en el acento de su hijo:—cumplo un deber, y por ello no he de faltar á otro.

—¡Quién sabe!

—Lo sé yo; y hé aquí por qué es garantía de nuestros hechos futuros la memoria honrada y respetable de nuestras acciones pasadas, como es fuerza y sosten del esbelto edificio el cimiento oculto en la tierra: de lo que yo diga, nadie se atreverá á dudar, pues se confirma por una lealtad nunca desmentida, por una honradez sin tacha.

—¡Oh, padre mio!...

—Y bien, ya lo sabrás: tú serás siempre para mí el hijo adorado de mi alma, pero necesito que te purifique la soledad del mar; que tu pensamiento se eleve de nuevo á las ideas grandes desde ese abismo de inutilidades peligrosas, de bajezas innecesarias, de villanías pequeñas, digámoslo así, en que el ócio y la indolencia te han hundido, como se hunde en el valle un águila que lleva rotas las alas y lucha inútilmente por recobrar su elevacion.

Manuel estaba muy conmovido: el acento severo pero cariñoso de su padre, parecia trazar ante su vista el cuadro de lo que su

vida debia ser al lado de lo que era.

Su palidez se esmaltó con el rojo color de la vergüenza, y sus párpados se bajaron como si tuviese miedo á las miradas de su padre.

—Sólo á tí tengo—continuó el general,—y dejo á tu consideracion el pensar la amargura que sentirá mi alma al tener que olvidar algo tuyo, cuando quisiera grabarlo todo en mi memoria, como una segunda vida para mí.

—¡Oh, perdóname!... ¡Te juro que intentaré hacer cosas dignas de que tú las recuerdes!...

—Acepto tu juramento, hijo mio, y pido á Dios te dé valor para cumplirlo, porque no hay nada que satisfaga tanto como el cumplimiento del deber.

—Como prueba de mi buena voluntad, déjame presenciar tu casamiento con Elena: te aseguro que lo veré con gusto, pues así dejo al lado tuyo una persona querida que se interese por tí.

—Puesto que lo deseas, será mañana á las ocho.

—Gracias.

—Será preciso prevenir á Elena.

—Yo lo haré, si quieres; deseo con tu

permiso hablarla un instante.

El general, sin decir nada, tocó un timbre y á su sonido apareció un criado.

—Pregunte Vd. á la señorita Elena si puede venir un momento—dijo el general.

Un instante despues Elena aparecia, y preguntaba qué ocurria al general que se disponia á salir:

—Manuel te lo dirá, hija mia; voy á ocuparme del mismo asunto.

Salió, pero no se alejó: tenia, más que curiosidad, interés por saber lo que su hijo debia decirla, pues no dudaba de su sincero arrepentimiento.

Entró en la salita de confianza que Elena ocupaba generalmente, y se detuvo junto á un velador que sostenia unos libros como si buscase algo en ellos.

En breve oyó la voz de Manuel que decia:

—Mi padre va á prepararlo todo para que el enlace de ustedes tenga lugar mañana.

—¡Mañana! ¿Y por qué esa prisa? ¿Qué sucede?

—Que yo me voy y quiero presenciar la ceremonia...

—¡Ah!

—¿Usted se opone acaso á ello? Desistiré de mi deseo.

—¡Oh, no!... Me ha sorprendido: pero no puedo oponerme á lo que es para mí un motivo tan grande de gratitud.

—Gracias por esa bondad, Elena, y ahora, ya que acaso la hablo por última vez, sepa yo que me perdona todas mis inconveniencias.

—Jamás me ha ofendido.

—Las ofensas no llegan á los ángeles: otro favor quisiera...

—Ya le escucho.

—Que diga á su amiga Clara Blacker que era yo, que estoy arrepentido, que me perdone.

—¿Nada más?

—Eso es todo.

—Así lo haré.

El general llegó á buscarles y estrechó conmovido la mano de Manuel.

CAPITULO XI.

Los niños, como las flores, tienen sus dias espléndidos de luz y alegría.

Diríase que esas expansiones de la naturaleza son necesarias para el equilibrio de la vida, y se nos conceden con una sobriedad graduada, porque el placer como el dolor gastan y matan si no alternan rápidamente.

Teodosia era feliz; su soledad, perfumada como un nido de ruiseñores colgado de las ramas de un almendro, acababa de inundarse de una oleada de vida que afluia al corazon de la niña para saturarla de felicidad.

Clara estaba allí; la dulce señora, la protectora misteriosa, la amiga tierna y leal, habia llegado al fin al pequeño retiro, que era como un templo donde se rendia culto á su memoria, y la alegría que su presencia habia producido hubiera sido su-

ficiente recompensa, si ya no lo fuese el propio contento por su buena obra.

Habia llegado además en hora oportuna. Teodosia deseaba oir una voz amiga para preguntarle acerca de cierto trabajo suyo, del cual su maestro no estaba descontento y del que ella estaba encantada.

Algunas horas hacia que la infantil pintora habia dado por terminada su obra y aún no habia acertado á dejarla, ora sonriéndole satisfecha, ora suspirando disgustada de sus defectos, cuando la puerta del cuartito que le servia de estudio se abrió suavemente y Clara apareció en ella.

Su mirada ansiosa, avara, resplandeciente de alegría, se fijó en la niña, cuyo perfil correcto se marcaba vigorosamente sobre la media luz de aquel fondo vago y suave, y acarició, por decirlo así, con sus destellos aquella fresca belleza exuberante de vida.

Cuando siguiendo la direccion de las miradas de Teodosia, volvió sus ojos hácia el pequeño lienzo sostenido aún en el caballete, no pudo contener una exclamacion de sorpresa que reveló su presencia.

Era el retrato de Nicolás y tenia un parecido perfecto: si habia detalles que acu-

saban una mano inesperta, habia rasgos que daban á conocer á la futura artista.

Antes que Clara hubiese tenido tiempo de apreciarlo, Teodosia se habia vuelto rápidamente al escucharla y se habia arrojado en sus brazos, separándose despues de ellos avergonzada y confusa.

—Y bien—dijo Clara reteniéndola junto á sí;—¿no me esperabas, mi querida niña?

—No: Dolores nada me ha dicho.

—He querido sorprenderte y no la avisé; veamos, cuéntame lo que has hecho en mi ausencia.

Clara, en tanto que hablaba, se quitaba los guantes y el sombrero dejándolos sobre un mueble, y tomando una mano de la niña fué á sentarse con ella en un divan.

—Te advierto que hoy me convido á comer contigo—dijo alegremente;—supongo que me harás en regla los honores de la casa.

Teodosa nada dijo, pero besó conmovida la mano de Clara.

—Veamos, cuéntamelo todo. ¿Qué has hecho?

—Lo mismo que siempre: me levantaba á las ocho y estudiaba el piano, me peinaba, almorzaba y leia un poco; venia des-

pues el maestro de pintura, trabajaba hasta las tres, daba el francés y el inglés; saliamos un rato, volviamos á comer y despues ó tocaba el piano ó leia poesías, hasta las diez, que me retiraba á mi cuarto.

—Para acostarte á esa hora, ¿no es eso? —preguntó Clara.

Teodosia confusa guardó silencio.

—¡Cómo! ¿No te acostabas?

—No tengo sueño tan temprano...

—¿Y qué haces? Veamos...

Teodosia, cuyas mejillas se habian encendido, callaba con la cabeza baja, como avergonzada.

Clara se alarmó; pensó que el amor habla muy pronto al oido de la mujer americana, que se desarrolla en la infancia, y temió que el cuidado de la anciana Dolores no hubiese sido lo severo que fuera de esperar de su cariño, habiendo dejado que algun atrevido se aproximase á la niña.

Con el rostro severo, levantó entre sus manos la carita de Teodosia que estaba trémula y asustada y le preguntó con cariño:

—Díme, ¿en qué te ocupabas hasta que te recogias?

—Escribia,—contestó Teodosia hacien-

do un esfuerzo para su revelacion.

—¡Ah! ¿Y qué es lo que escribias, y á quién?—preguntó Clara más alarmada aún y acreciendo en severidad.

—A Vd.—dijo la niña sonriendo con adorable candor.

—¿A mí? Pues nada he recibido. ¿Será posible que lo hayan interceptado?—preguntó recordando la sensible equivocacion de que habia sido víctima.

—¡Oh, no! Si está aquí lo que yo he escrito!—dijo Teodosia.

—¿Aquí?

—Sí: no me hubiera atrevido nunca á enviárselo...

—¿Por qué, hija mia?—dijo ya tranquila Clara.

—¡Oh! Porque debe estar muy mal...

—Veámoslo.

—¡Ah!...

—Dudas?

—Es que yo deseaba ofrecérselo como un recuerdo de la ausencia, así como á él este retrato...

—¡Ah!—dijo Clara comprendiendo la ternura y delicadeza de aquella doble memoria;—hablándote he olvidado decirte nada de esta obra, y en verdad que me gusta mucho.

—¿Es verdad que se le parece? Yo lo creo así, pero acaso sea porque le veo siempre en mi pensamiento...

—¿Le recuerdas mucho?

—¡Oh, sí!... Además tengo tan poco en que pensar... Vd. y él, y nada más.

—Aunque pienses en los dos, Nicolás debe ser el primero en tu cariño y en tu memoria; yo no puedo ofenderme de ello, al contrario, deseo que sea así, porque tal es tu deber.

—Los dos son mis protectores...

—Puede que él lo sea más que yo... pronto debes verlo y acaso sepas muchas cosas...

—Que lo veré pronto?... ¡Qué alegría!... ¿Luégo vá á venir y ya no se irá más?

—Así lo espero...

—¡Qué dicha!... Entónces nunca estaré triste...

—Lo estabas ahora?

—Pocas veces, porque estudiando y pensando en ver á Vd. y á Nicolás se me pasaba el tiempo, pero algunos dias me entristecia creyendo que no les veria ya nunca.

—¡Pobre niña!... Pues bien; ya no tendrás por qué entristecerte, si Dios quiere que nuestros deseos se cumplan—añadió

suspirando levemente Clara;—pronto vendré á buscarte para llevarte conmigo y puede ser que él tambien esté al lado nuestro...

—¡Ay, Dios mio, qué feliz voy á ser!..

—Entre tanto, estudia mucho, completa tu educacion para que seas luégo nuestro encanto...

—¡Ah, sí!

—Dáme lo que has escrito para mí; voy á llevármelo con este retrato para que me acompañe tu recuerdo. Despues te vendrás tú tambien.

—Temo que no esté bien—murmuró Teodosia confusa.

—Teodosia mia, el corazon nunca habla mal cuando se le deja en libertad de decir lo que siente.

Teodosia se levantó, abrió un cajon y tomó el pequeño cuaderno, en cuya primera hoja la vimos escribir, entregándolo confusa y conmovida á Clara.

Esta, que daba algunos pasos por el gabinete examinándolo todo, habia llamado, y Dolores aparecia en el dintel de la puerta al mismo tiempo que Teodosia le entregaba el manuscrito.

—Gracias, hija mia—dijo Clara tomándolo y besando á la niña en la frente.—

¿Sabes—añadió dirigiéndose á Dolores—que hoy me convido á comer con vosotras?

—No podia la señora decirme nada mejor.

—Pues aún puedo decirte algo que te guste más.

Dolores suspiró.

—Esto, por ejemplo—dijo Clara: Francisco llegará muy pronto.

—¡Dios mio!—gritó la anciana enloquecida por la alegría;—¡viene ya, le volveré á ver!...

—Vamos, ten calma... ¿Acaso temias que no volviera?...

—Cuando se vá un jóven se le espera siempre; pero cuando es un viejo...

—Lo mismo: el viaje no ha sido tan largo... En fin, ya estará en el mar navegando hácia España, y muy en breve á tu lado.

—La Santísima Vírgen lo traiga con bien—dijo llorando Dolores.

—Pídele por él y por otro; no viene sólo.

—¡Nicolás!—dijo la niña que habia escuchado en silencio.—¡Nicolás viene con él!... ¡Oh, por ese pediré yo!...

—Sí, Nicolás es; pide, pues, á Dios por él, hija mia, que Dios debe escuchar tu ruego.

Una hora más tarde Clara volvia á su casa, despues de haber compartido la frugal comida de Teodosia, llevando consigo el retrato y el manuscrito, lleno de una letrita fina y pequeña.

Su primer impulso fué hojearle, pero recordando á Nicolás se dijo:

—No debo leerlo sola: esperaré para que su padre lo lea conmigo.

CAPITULO XII.

Algunos dias despues de los sucesos que dejamos referidos, Clara recibia en su lindo saloncito una visita que la era tan grata como simpática: la de Elena, convertida en señora de Salazar, acompañada de su marido, que más parecia su padre que su compañero.

—Es la única visita que hacemos—la dijo el general,—pero á más del gusto de verla, Elena tiene que cumplir cerca de Vd. el encargo de un ausente.

—No comprendo—contestó Clara.

—Mi hijo ha partido y ha dicho algo á Elena, que Vd. debe saber.

Clara miró á Elena con extrañeza; no creia que el jóven marino hubiese llevado su atrevimiento hasta el punto de enviarle un mensaje de amor con la esposa de su padre.

—No sé—murmuró.

—Manuel me ha suplicado que te diga *que era él, que está arrepentido, que le perdones.*

—¡Ah!...—exclamó Clara.—¡Era él!...

—Usted comprenderá, señora—dijo grave y triste el general,—que al ser portadores de esa triste confesion, no lo hacemos sólo con el deseo, que tambien nos anima, de obtener su perdon, sino con el de salvar en lo posible el mal que haya originado su ligereza...

—Gracias, general; gracias, Elena—dijo Clara conmovida;—es un rasgo de nobleza que no olvidaré. Confieso que jamás hubiera sospechado de su hijo que fuera el causante del disgusto que he tenido; pero debo decirle para tranquilizarlo, que á ese mismo disgusto voy á deber acaso la felicidad de toda mi vida.

—No comprendo—dijo el general.

—Habia un secreto encerrado en un pliego que respetábamos por delicadeza y que pudo causar graves males: las investigaciones de la justicia rompieron el sello, y la desgracia se ha conjurado de la manera más imprevista.

—No es la primera vez que el mal produce el bien, pues Dios se vale de medios

bien extraños para llegar á sus altos fines; pero en esta ocasion yo me felicito tanto como Vd., puesto que fué una mano que me es querida la que ayudó á producir el mal.

—¡Ah, no fué sola!

—No fué ella, diremos mejor, puesto que en realidad no fué la suya; pero como en la accion moral el pensamiento es todo, el brazo importa poco: ya comprenderá Vd. que si insisto en esto, á pesar de lo mucho que por ello sufro, es porque quiero que usted no olvide que puede reclamarme una deuda, y que me tiene obligado completamente á su voluntad.

—¡Dios mio! General, no hablemos más de eso; ni yo tengo que reclamarle nada, ni he de recordar siquiera lo que ningun daño me ha hecho, gracias tambien á su buena amistad.

Aún hablaba Clara, cuando la cortina de la puerta se levantó bruscamente, y un hombre apareció en ella.

Al verle, Clara se levantó pálida, trémula, y adelantó hácia él...

—¡Nicolás!...—dijo.

Nicolás, que él era, se detuvo indeciso al ver que Clara no estaba sola, y se inclinó torpemente, mal repuesto de la emocion que sentia.

—¡Señora!...—murmuró.

—Mi amigo Nicolás Salcedo y Solís—dijo Clara al general, que se habia puesto de pié: y añadió completando la presentacion:—los señores de Salazar.

—Celebro la ocasion que se me ha ofrecido de conocer á este caballero—dijo el general;—pues su nombre me era ya conocido.

—El que lo recuerde sólo es una honra para mí—dijo Nicolás;—pero por desdicha, poco bueno puede recordar mi nombre...

—No tal: la generosidad y el valor siempre dejan una grata memoria, y ambas dotes he visto muy recientemente que deben premiarse en Vd.

—Ignoro de qué manera—dijo Nicolás.

—Hay una propuesta en el ministerio de la Guerra que así lo pide.

—Nada he hecho que lo merezca, general—dijo sencillamente Solís;—no merece premio el cumplimiento del deber.

El general habia continuado de pié, y Elena hablaba á Clara en voz baja, en tanto que estas palabras se cruzaban entre los dos hombres.

La pobre niña estaba contenta; ya no

era en la casa de su protector un sér que lo debia todo á la caridad: era la mujer encargada de una mision grande y honrosa: la de hacer feliz al noble anciano que habia sido en el mundo su amparo y su porvenir.

Si no sentia por su esposo ese amor arrebatado de la juventud, que no siempre es la dicha, sentia el cariñoso respeto, la admiracion entusiasta que se tributa á un sér superior por aquel que le comprende.

Y luégo la calma suave de su espíritu que ya no se poblaba de fantasmas aterradores ante la soledad desvalida, la alegría de ser útil, de ocupar un lugar en una familia, un nombre en la sociedad, y no pasar ante ella como una sombra errante, que no sabe hoy dónde descansará mañana, le infundian una alegría dulce y tranquila que reflejaba en su bello semblante como el destello de una luz interior.

Clara oia sus confidencias distraida: la presencia inesperada de Nicolás, que habia adelantado su llegada algunos dias por haber hecho la travesía en un correo extraordinario, la preocupaba y abstraia en una idea fija.

Su mirada vaga, su seno agitado, sus

manos temblorosas, revelaron al general Salazar que algun grave misterio se ocultaba en aquella venida precipitada, y en aquella turbacion mal contenida.

Despidióse, pues, reiterando sus ofrecimientos á Clara y repitiéndolos á Nicolás, que correspondia á aquel franco y cordial acento, y besando Elena á su amiga salió sin sospechar la agitacion de ésta, porque la juventud es poco observadora, y mucho ménos si lleva sobre los ojos la venda suave de la felicidad.

Cuando desaparecieron, Nicolás se volvió bruscamente hácia Clara y la dijo:

—No he podido ver el telégrama, sólo sé lo que me ha dicho Francisco, quiero saberlo todo.

—Sí, lo sabrás; por fortuna tengo las pruebas.

—Veámoslas; ante todo, eso: despues, ella y tú...

—Ven—dijo Clara que nerviosa, conmovida, radiante, se dirigió á su gabinete: —ven: aquí estaremos solos.

Nicolás la siguió. Clara llamó para prevenir que no recibia á nadie, y cerró la puerta sin temor alguno, como si estuviese la lado de un hermano, que así en aquel

momento su corazon se identificaba con el de Nicolás en el cariño de Teodosia, de una manera puramente fraternal.

CAPITULO VIII.

Al entrar en el gabinete de Clara, Nicolás miró á todos lados con cuidadoso recelo, como si esperase ver una imágen adorada y temida.

—Estamos solos—dijo Clara sonriendo, porque adivinó su temor.

Nicolás suspiró levemente.

—Siéntate—dijo Clara—y descansa; prepara tu espíritu para sufrir un choque rudo y doloroso, porque la prueba es cruel.

—No tanto como la duda y la impaciencia, Clara—dijo Nicolás pasando su mano por su frente como para sujetar el vuelo de su pensamiento:—¡jamás podrás comprender cuánto he sufrido!

Clara lo miró con ternura y piedad.

En efecto, las huellas del dolor se habian marcado visibles y profundas en aquella noble frente, en aquellos ojos sombríos que parecian quemados por el llanto ex-

tinguido en ellos ántes de brotar, como absorbido por el fuego de sus pupilas; en aquella boca triste y desdeñosa que demostraba su profundo cansancio de la vida con una sonrisa de amargo desprecio; en aquella cabeza prematuramente encanecida que inspiraba respeto en su mezcla de juventud y vejez, como lo inspira siempre todo lo que por su grandeza se impone.

—¡Oh, sí, lo comprendo, mi pobre amigo!... Lo comprendo y lo comparto—dijo Clara con un acento tal de ternura, de compasion, de simpatía, que Nicolás, como herido por una vibracion eléctrica, se volvió hácia ella, asió trémulo sus manos y murmuró conmovido:

—Perdóname, te he ofendido al suponer que no lo comprenderias, cuando eres capaz de sentirlo. ¡Ah, tú sola en la vida, tú sola!...

Se detuvo, como si su pensamiento viese deslizarse otra sombra amada, y dijo:

—¡Oh, por favor! ¡Esas pruebas!...

Clara contó entónces á Solís cómo por una villana delacion sus papeles habian sido intervenidos, y ella misma detenida por sospechas de complicidad con los insurrectos cubanos: la carta de Herrera

habia sido leida, buscando en ella una prueba del denunciado delito de complicidad, y lo habia sido, por el contrario de inocencia, al par que una revelacion importantísima acerca de Teodosia.

—Y esa carta—dijo Nicolás extremeciéndose al oir el nombre de la niña,—¿dónde está?

—Aquí—dijo Clara levantándose y abriendo el secreter que ya conocemos;—yo no podia hacer de ella otro uso que el de guardarla para entregártela.

—De suerte que ella...

—Todo lo ignora.

Nicolás tomó la carta con mano temblorosa, vaciló, pasó su pañuelo por su frente, que se cubria con menudas gotas de angustioso sudor, y sacó el pliego del sobre.

—Ven, Clara—dijo.—Leámosla unidos para que tu presencia me aliente.

Clara obedeció en silencio.

Nicolás, con voz en un principio temblorosa, pero vibrante y dura despues, leyó una carta de Herrera que decia así:

«En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, juro decir verdad en lo que escriba, así Dios me asista en la agonía que veo muy cercana, y me dé tiempo para

declararlo y firmarlo. Amen.

Teodosia: cuando leas estas líneas, que mi mano ya casi fría va á trazar para tí, tendrás edad de comprenderlas, y sabrás tambien dar el valor que merece á mi revelacion. Tú no eres mi hija, aunque una combinacion del infierno haga que lo parezcas ante la ley. Cuando me uní á tu madre ya estaba ésta en cinta de tí.

Tú eres hija de su primer amante; tú, inocente, has sido para mí una acusacion viva y eterna contra la infame que tan vilmente me engañó.

Oye, pues, la historia de tu vida y la de mis desgracias, unidas fatalmente en una sola.

Cuando conocí á tu madre me pareció la más hermosa, la más pura, la más inocente, la más santa de las mujeres.

Yo era entónces un estúpido que creia en todo; en la virtud, en la verdad, en el candor, y en todas esas antigualla inútiles que no sirven para otra cosa que para engañar á incautos como yo.

Nacido en un lugar humilde con una madre ruda é ignorante, pero tan honrada que ni el nombre conocia de la culpa, yo creia que sólo mujeres así habia en el mun-

do, y al enamorarme de tu madre, allá en el fondo de mi pensamiento, ofuscado por el nuevo sentimiento que lo llenaba, se me reproducia el cuadro de mi casa paterna, cuando la esposa limpia de toda mancha y sin otro culto ni otra fe que Dios y el marido ausente, mira suspirando las nubes del cielo y las espumas del mar, que amenazan el barco que le trae á su dueño; soñaba con las santas alegrías del marino que pisa la tierra despues de la tempestad, y encuentra en ella dos brazos que se le tienden, y un pequeño sér, una parte de su alma que no conocia, y que se le presenta nacido en su ausencia, como una flor que se abre en la noche y sorprende y encanta á los rayos del sol.

Al amar á Caridad, tu madre, yo soñaba trasladarla al otro lado del mar, y hacerla una pequeña casa junto á las olas, para ver su luz á mi regreso como una estrella de la tierra encendida para mí.

Dios me es testigo de que al casarme con ella sólo en esto pensaba: ni dudaba ni temia.

No se me ocurrió siquiera pedir informes suyos á mis amigos; celoso de su hermosura ocultaba á todos mi proyecto de ca-

sarme, temeroso de que me robasen mi dicha.

Lo preparé todo en silencio, como si se tratase de un crímen, y temeroso de perderla quise que se realizase mi union con ella en vísperas de partir, sin tiempo para llevarla conmigo, y atendiendo sólo á *dejarla mia*, para irme tranquilo con mi dicha y volver á buscarla para llenar mi casa de felicidad.

Horas despues de realizarse nuestra union, cuando loco de dolor por tener que dejarla y de alegría por saber que era mi esposa, fuí á su lado, recibí el desengaño más rudo, más doloroso que puede trastornar la razon de un hombre.

Caridad, aquella hermosa mujer, de frente pura y ojos de vírgen, aquella jóven que me parecia casta é inocente, hasta el punto de compararla con mi madre, me confesó sin rubor alguno, sin timidez, sin temor, que habia vivido algunos años al lado de un hombre que se llamaba Nicolás Salcedo y Solís; que de él habia tenido una hija, que contaba ya dos años; que cansada de sus celos y de su amor y no queriendo vivir más tiempo en la soledad del campo, habia huido de su amante, volviendo con

su madre que la habia obligado á casarse conmigo; pero que, sintiéndose en cinta no queria engañarme, y dispuesta á todo me declaraba la verdad.

Lo que yo sufrí en aquellos momentos, ni yo mismo podria decirlo.

Aquella mujer tan adorada por mí, tan respetada como la imágen sagrada ante la cual rezamos de niños, habia sido de otro hombre, y llevaba en su seno el fruto de otras caricias.

—¿Por qué no la maté entónces?—me pregunto yo mismo.

No lo sé: ofuscado, loco, creia soñar al oir la voz fría y dura de aquella mujer que me revelaba su deshonra.

No sé lo que pasó por mí; salí desatinado, ciego, vacilando como un ébrio, y la costumbre más que la razon me llevó al vapor en que servia.

Una vez á bordo, con la inmensidad del mar ante mi vista, y el trabajo ordinario devolviendo el vigor á mis entumidos miembros, mi razon se dió cuenta de los sucesos, y mi desesperacion no tuvo límites al pensar que la dejaba viva, esposa mia, y con un hijo de otro hombre en su seno.

¡Oh! Por cambiar el rumbo de aquel bar-

co que me alejaba de ella, por volver á pisar la playa americana, por entrar de nuevo en aquella pequeña casa y verla ante mí serena y tranquila, y por hundir mi cuchillo en aquel seno impuro, hubiera dado, no ya mi vida, que me era odiosa, sino hasta la vida sagrada de mi madre.

Pero mi dolor y mi desesperacion no podian conseguir lo imposible, y el buque avanzaba devorando las olas como un monstruo arrojado por el infierno.

La fiebre encendió mi sangre en vapores de fuego, y estuve muy enfermo, tanto, que segun he sabido despues, se me creyó muerto por dos veces.

La vida, sin embargo, no me arrojaba de sí; me tenia aún reservado un alto destino: el de vengador de una infamia.

Pero si la vida me retenia entre mis dolores, la locura me libró de ellos.

Cuando el buque tocó en tierra, yo fuí arrojado de él como un fardo averiado para que me trasladasen á una de esas casas donde la miseria humana se muestra en su más triste desnudez: estaba loco.

Preciso es que mi pensamiento conservara entre las sombras que lo envolvian alguna reminiscencia de sus pesares, por-

que al volver á la razon, mi odio por Caridad y por su amante habia crecido, se habia aumentado, como si la semilla arrojada en mi alma por aquella revelacion terrible, hubiese hecho brotar, arraigar y crecer un árbol maldito, cuya proximidad causara la muerte.

Mi odio ciego, rabioso, vengativo, un odio de loco que ni razona ni se templa, se aumentó al ver que la infame habia huido de nuevo de la casa de su madre, y que su paradero se ignoraba.

¡Cosa extraña! Mi odio por su amante y por su hija, mi frenético aborrecimiento por ella, no te alcanzaba á tí, pobre niña, que me inspirabas una profunda piedad.

Ella te habia abandonado tambien, sin decir nada, y su madre, necia é inútil mujer, incapaz de educar una naturaleza voluntariosa y rebelde como la de Caridad, lo habia sido aún ménos de comprender tan triste misterio, y te habia recibido como hija mia, dándote el nombre de mi madre.

El error habia tomado forma legal, y era imposible, era inútil intentar desvanecerlo.

No habia pruebas, no habia otro dato en mi favor que la época de tu nacimiento, y por un triste azar la ley admitia ese plazo

como suficiente, mucho más no habiendo mediado protesta de mi parte.

Tú eras, pues, de una manera irremediable, y fatalmente segura, considerada como mi hija ante la ley.

Te confieso que no pensé nunca en romper ese lazo con tu muerte: como ya te he dicho, me inspirabas una profunda piedad, que yo creia producida por la circunstancia de no saber tu existencia tu padre, y haber crecido igualmente léjos de mi infame esposa.

Para buscarla, para vengarme, para saciarme de su sangre y de sus lágrimas, dejé el mar y me fuí á vivir á los bosques, como otros tantos desgraciados que buscan en su vida de aventuras un medio de subsistencia.

Vagando por ellos quiso mi destino que descubriese aquel asilo donde Caridad habia vivido algun tiempo, y en el cual se albergaba su amante y su hija.

Inquirí sus costumbres, supe sus proyectos y mi odio se aumentó al saber que pensaba alejarse con su hija, y que feliz con ella y amándola con ciego delirio, para nada recordaba á la mujer que le habia dado el sér.

Parecerá extraño; pero acaso sea un efecto de mi antigua locura, ó de la ceguedad de todo sentimiento que se trasforma en pasion: el olvido de aquel hombre, su indiferencia hácia la mujer que habia sido suya y que legalmente era mia, me ofendian como un crímen que contra mí se dirigiese, y aumentaban mi odio y mi rabiosa sed de venganza.

Pensé en un principio en matarlo y llevarme su hija para hacer de ella una infame, arrojándola perdida en los brazos de su madre; pero comprendí que esta era una muerte inútil, puesto que Caridad al abandonarlo, habia probado que no lo amaba, y además la niña que tendria unos diez años, era una carga y un peligro para mí.

Entónces modifiqué mi plan y pensé en matar á la hija.

De ese modo heria á él y á ella, y destruia el fruto maldito de aquellos amores que habian roto para siempre en mi vida toda esperanza de felicidad.

¡Con qué alegría si encontraba á Caridad la diria:—¡Tu hija, la hija de tus primeros amores ha muerto, y soy yo quien la ha matado!...

¡Oh! Confieso que la idea de su dolor me

hacia sentir algo parecido á la alegría; tanto era mi odio por ella.

Además, estaba seguro de encontrarla; dos veces ya habia tenido noticias de su paradero, y la habia perdido de nuevo por los azares de mi vida.

Ya decidido, supe un dia que el hombre maldito á quien Caridad habia amado se marchaba á España, realizados sus bienes para huir de la guerra.

Expié el momento oportuno, reuní á mi gente, les prometí una pingüe ganancia, y cuando aquel hombre salió del ingenio, yo llegué á él por sorpresa; busqué la hija de Caridad, que ¡por mi vida! se parecia á su madre, y arrojé el dinero á la voracidad de los bandidos que me seguian en tanto que yo me saciaba de sangre y de impureza en aquella hija de la que fué mi esposa, tantas veces maldecida por mí en mis arrebatos de odio.»

Nicolás se detuvo como si su voz se negase á pronunciar más palabras ni á producir más sonidos.

Su palidez era lívida, no con esa lividez serena de la muerte, sino con ese color amarillento del dolor que espanta sobre el rostro humano.

Clara tenia las manos fuertemente unidas una contra otra, cruzadas sobre sus rodillas: estaba inmóvil, pero por sus mejillas rodaban lentamente las lágrimas.

Cuando dejó de oir la voz de Nicolás levantó sus párpados y fijó en él sus miradas.

La expresion de su rostro era tal que Clara, asustada, se precipitó hácia él y le asió las manos.

Nicolás se extremeció al sentir aquella dulce presion, las estrechó convulsivamente, las llevó á sus labios, y como si ellas hubiesen sido un reactivo para su corazon, congestionado por la angustia, rompió á llorar de una manera poderosa, histérica, terrible, que parecia desgarrarle el pecho.

Clara no respiraba siquiera: comprendia que aquella explosion salvaba la vida ó la razon de Nicolás, y le dejaba llorar, pero angustiada de no poder calmar aquel horrible dolor, se levantó, desprendiendo suavemente sus manos de las de Nicolás, puso agua en una copa, mezcló á ella unas gotas de esencia de azahar, y la aproximó á los labios, secos y ardorosos de Solís, que bebió con ánsia.

Su dolor pareció calmarse, secó sus ojos,

y con violento esfuerzo se puso de pié.

—¡Qué debilidad, Clara—dijo con voz aún trémula,—qué debilidad la mia! ¿Te he asustado?

—No: lo presentía.

—¡Qué hermoso es ser comprendidos!.... Hay veces, como ahora, en que faltan las fuerzas y nos vence el dolor.

Nicolás al hablar así, se paseaba por la estancia lentamente, como para volver á la realidad de la vida.

—Acabemos—dijo tomando la carta de nuevo en sus manos.

—Espera—dijo Clara.

—¿Para qué? El veneno debe apurarse de un trago.

Clara no protestó y volvió á tomar su actitud triste y espectante.

«Una vez muerta la niña, siguió Nicolás leyendo, nada tenia que hacer allí, y huí de aquella hacienda maldita, dejando en pos la muerte y la desolacion, pues no sólo murió la niña, sino un negro, antiguo servidor de la casa, que quiso defenderla, y un perro que nos hubiera comprometido de no matarle pronto.

En cuanto á la negra que cuidaba de la niña, tú la conoces, Teodosia, porque es

Luisa, que desde entónces ha vivido á tu lado.

Asustada de verse comprometida en tan horrible suceso, me pidió amparo, y aunque al dejarla venir conmigo tuve la idea de alejarla de mi lado á cualquier precio, despues pensé en llevarla á tu lado, para que por ella algun dia supieses la verdad.

Además, el interés extraño que tú me inspirabas y que yo mismo no comprendia, ni comprendo aún, me hacia desear tener á tu lado una persona fiel como un perro, puesto que la unia á mí el secreto de un crímen, que de tí me diese noticia, y que en un momento dado, obedeciendo mis órdenes, te trajese conmigo.

Los sucesos han hecho que esto no pueda ser, pero Luisa de todos modos me servirá junto á tí, para hacerte conocer mi voluntad.

Prosiguiendo en mi relato, pues conozco que me faltan las fuerzas, debo decirte lo que fué de tu madre.

Poco tiempo hacia que el sangriento suceso que te he referido tuvo lugar, cuando supe por un espía hábil y bien recompensado, que tu madre se encontraba en Puerto Príncipe, al lado de un oficial del ejército español.

Saberlo y salir inmediatamente á buscarla fué para mí la misma cosa; pero al llegar allí supe con desesperacion que habiendo salido el oficial para Nuevitas, su mujer—tal la creian algunos, segun su imprudente descaro—lo habia seguido.

Cada vez más ciego por el dolor y el odio, salí para este punto, decidido á verla á todo trance, y tuve al fin algunos dias despues este horrible placer.

Jamás podré olvidar aquel momento. La infame, la vil mujer que era esposa mia, estaba al lado de su último amante, descarada, contenta, tranquila, con el cansancio del placer impreso en el semblante, y la estúpida impavidez del vicio en la mirada.

Verla y saltar sobre ella como un tigre, fué obra de un instante.

Debia yo estar espantoso, porque Caridad dió un grito horrible y quiso huir.

El hombre que la acompañaba, sorprendido en el descuido de su casa, desapareció para buscar un arma, segun ví despues.

En aquel momento sólo para Caridad vivia.

Trémula, desencajada, con mortal espanto me miró sin conocerme.

—¿Qué es esto?—preguntó.

—¡Ah! ¿No me conoces?—rugí yo, en tanto que la sujetaba con mano de hierro. —¿No recuerdas á tu marido, á tu víctima? Pues soy yo, yo mismo, que vengo á castigar tus crímenes, á vengar tus infamias.

—¡Luis!—gritó con espanto.—¡Jesus!...

—Sí, Luis, que hace pocos dias ha matado á tu hija, á la hija de Salcedo, á la prenda de tus primeros amores, y ahora va á matarte á tí...

—¡Mi hija!—exclamó más bien con extrañeza que con dolor la infame,—¡mi hija! ¿Cuál de ellas?

—¡Ah, no olvidas que tienes dos!... Pues bien, ¡la primera!... La otra, la que has hecho creer al mundo que es mia, vive, pero está en mi poder...

—Perdon—dijo con espanto.

—¿Te vienes conmigo sin condiciones y te perdono?—le pregunté loco de dolor.

—¡Nunca!—me dijo.

—Pues bien, muere como tu hija...

Y hundí mi cuchillo, el mismo que me habia servido para matar á la hija de Salcedo, por tres veces en su pecho.

En aquel momento una detonacion retumbó en el espacio, y un dolor agudo y punzante que sentí en el pecho me hizo conocer que estaba herido.

—Es mi esposa—dije al jóven oficial que habia disparado su rewólver y me habia herido de muerte,—y es adúltera é infame; debia morir y ha muerto.

—En efecto, está muerta—dijo el oficial inclinándose hácia ella.

Salió despues, y creí oirle preparar aceleradamente su caballo, cuyo galope, rápido y desesperado, se oyó bien pronto en la desierta calle.

Entónces quedé solo, herido gravemente, desagrándome, con mi esposa muerta por mí, helada é inmóvil.

Arrastrándome lentamente, llegué á su lado como pude, y estreché con mi brazo sangriento aquel cuerpo helado y rígido, y mordí, más que besé, por vez primera, aquella impura y manchada boca.

Algunas horas pasaron así; ya sentia la muerte cernerse sobre mi cabeza, cuando fuí socorrido por algunas gentes que entraron alarmados del silencio de muerte de aquella casa, y descubrieron el horrible drama.

Yo he confesado que he sido su asesino, pero no he dicho ni su nombre ni el mio; he preferido que se me crea un ladron, á la deshonra de que sepan que esa mujer era la mia...

Me han separado de ella esta vez para siempre.

Cuando se la llevaban, sus brazos caidos semejaban que se tendian hácia mí como implorando perdon.

Sus ojos abiertos, fijos y fríos, parecian aterrados de ver el interior de su conciencia.

¡Ah!... Si esta mujer arrepentida y humilde me hubiese confesado su falta, si me hubiera esperado sumisa en la casa de su madre, yo la hubiera perdonado, porque la amaba, Dios mio, como sólo yo podia amarla; pero su liviandad, su descaro, su infamia, han hecho de mí un loco, un ladron y un asesino!... ¡Que Dios la perdone!

Ahora hablemos de tí: la fortuna robada á tu padre por la gente que yo dirigia, te ha sido conservada por mí intacta. Adjunto habrás hallado un talon del Banco de la Habana, en el cual tienes depositados á tu nombre, es decir, á nombre de Teodosia Herrera y Castro, que es el que legalmente te corresponde, cien mil pesos, que son los robados á Salcedo.

De él no queria otra cosa que sus lágrimas y su sangre, para vengarme en ellas de mis dolores, pero no su oro, que abrasaba mis manos.

Mi gente, pagada por mí, se convino en dejarme su presa, que yo me apresuré á reservarte, pues ya que la casualidad te habia robado su nombre queria yo conservarte intacta su fortuna.

Adios, pues: te he dicho la verdad; voy á morir y he querido que sepas la historia de tu nacimiento. En esta hora suprema te afirmo que no te odio, ántes bien que siento por tí algo parecido al cariño.

He querido yo de tal modo á tu madre, que la idea de que tú alentabas junto á su corazon cuando á mí me fingia amor, de que aquella sangre que parecia encenderse con mis miradas era la que se filtraba en tus venas, me hace mirarte como algo mio, como una parte de mi alma, y pensar en tí sin odio.

Adios, pues; si me perdonas al conocer mis dolores, pide á Dios por mí, que puede ser que tu ruego salve mi alma.

Luis Herrera.»

Y por debajo de la firma, en letra convulsa, se leia:

«A la hora de morir juro que he dicho la verdad en cuanto contiene esta carta, y si así no fuese que ¡Dios me lo demande.»

Despues de esto tres firmas legalizaban,

ó más bien, garantizaban la autenticidad del pliego que hemos leido y lo mismo el primer sobre en que se encerraba.

La duda era imposible.

Nicolás, al acabar de leer, conservó en sus manos la carta, y continuó mirándola como si dudase de la realidad que tocaba, y creyese que su razon era presa de una pesadilla.

Clara le contemplaba en silencio.

—¡Dios!...—dijo al fin con voz sorda Nicolás.—¡Dios, que castiga hasta la quinta generacion! ¡Dios, que hizo pagar á la hija inocente los crímenes de la madre culpable!... ¡Oh!... ¿Por qué no fué á mí á quien mató?...

—Porque Dios necesitaba tu vida para velar por otro sér que á tí te la debia—dijo suavemente Clara;—porque si la fatalidad te entregaba el cuerpo sin vida de la hija que era tu ídolo, la Providencia hacia alentar á otro pedazo de tu corazon.

—¡Ah, sí!... ¡La muerta y la viva!... ¡La hija adorada y la hija desconocida! ¡Muerta la una, viva la otra!... ¡Oh, mi Clara!... ¿Por qué Dios no me dejó la que amaba y castigó el crímen en la que desconocia?

—¿Qué sabes tú, ni qué sé yo, ni qué

sabe la razon humana el por qué de la obra divina? ¿Y qué derecho tienes—dijo acreciendo en gravedad imponente Clara—á investigar los mandatos supremos, ni á rechazar sus dones, cuando con su justicia te prueba su misericordia? Si el crímen vengó el crímen, la inocencia premió el dolor, y no puedes ni debes quejarte.

—¡Oh, mi hija!...

—¿Teodosia?—dijo dulcemente Clara.

Nicolás se levantó, como si aquel nombre hubiese rasgado los velos sombríos en que se envolvia su pensamiento.

—¡Teodosia!—dijo con arrebato—Teodosia, mi hija, Teodosia mia!... ¡Ah, sí, era preciso, yo la amaba, yo presentia mi sangre en su sangre, mi alma en su alma!... ¿Dónde está?... ¡Yo quiero verla!...

—Despues; ántes es preciso que la conozcas.

—¡Oh, por favor, Clara! ¡Dámela, dáme mi hija!... ¡Mis dos hijas!... ¡La muerta y la viva!... ¡Yo te dejé en depósito los restos de mi Clara, mi tesoro en la tierra!... Devuélvemela con Teodosia...

—Sí: son tuyas, yo te las devolveré; pero es preciso que la viva borre en tí el recuerdo terrible de la muerta, que depo-

sites sus restos queridos en un lugar sagrado, que te conformes á la voluntad de Dios, y que te consagres por completo á Teodosia.

—Sí, Clara: tu voz es para mí como un mandato celestial; yo te obedeceré, yo te deberé cuanta calma encuentre en la vida, que la dicha no pienso encontrarla; pero dáme á Teodosia...

—Antes quiero que la conozcas: ven.

Clara salió del gabinete y pasó á una salita de confianza, en cuyo centro se alzaba un pequeño velador que sostenia un objeto cubierto con un crespon.

—Mira—dijo Clara.

Nicolás miró y vió con asombro su retrato.

—¡Oh! Soy yo, pero no comprendo...

—Lo ha hecho ella... Te ha adivinado más que te ha copiado...

—¡Cómo!... ¿Teodosia ha pintado esto? ¿Luégo no se ha olvidado de mí?... ¿Luégo me ama?...

—Ya lo verás... Ahora que has podido apreciar su talento, es fuerza que conozcas su alma: vas á leer conmigo este cuaderno que ella ha escrito.

—¡Ah!...—murmuró Nicolás conmovido. ¡Que Dios te bendiga!...

CAPITULO XIV.

—Ahora leeré yo, y tú escucharás—dijo Clara.

—Oir tu voz y sus pensamientos es una doble dicha para mí—contestó Nicolás.

Clara sentóse á su lado, volvió la primera hoja del cuaderno y leyó:

«Mi querida señora:

Yo no sé por qué me tomo la libertad de escribir esto para Vd. cuando ha tenido la bondad de ofrecerse á escribirme, y podia decirle todo lo que siento al contestar á sus cartas.

Pero estoy sola y temo olvidar lo que pienso si no lo escribo.

¿No es verdad que no se enfadará Vd. por ello?

¡Es Vd. tan buena conmigo!...

Se acuerda Vd. de aquellos dias en que me dormia en el sofá de su gabinete, y Vd., Vd. misma, ponia mi cabeza sobre un al-

mohadon, besaba mi frente y me decia:— ¡Pobre niña!

Yo la oia medio dormida, y la veia á mi lado como un ángel, muy hermosa y muy triste siempre; ¿por qué estaba Vd. triste?

Vd. tan buena, ¿por qué no está contenta?

Yo estoy triste tambien, ahora que no tengo á Nicolás ni á Vd. á mi lado.

¡Qué bueno es el cariño!

Cuando no estaba sola tenia siempre alegría en el corazon, y ahora sólo tengo lágrimas.

¿Pero qué importa eso?

Ni él ni Vd. han de verlas, y es igual que llore ó ria.

Cuando él estaba á mi lado, me decia:

—Que yo no te vea triste: que me alegre tu risa, ya que tengo penas...

Nunca olvido esto: él tiene penas, puesto que me lo decia: Vd. tambien las tiene porque yo la veia triste, y siendo ustedes desgraciados yo no puedo estar contenta.

Pero ¿por qué siendo tan buenos no son dichosos?

¿Tendré yo la culpa de ello?

¿Será que no sé cumplir bien con lo que desean que haga?

Yo procuro aprenderlo todo, yo estudio, yo rezo y pido á Dios por mis protectores: ¿cómo puedo disgustarlos?

¡Qué deseo tengo de volver á verla, mi buena señora, y sobre todo de ver á Nicolás!...

¡Le quiero tanto!...

Yo le pediré que no se vaya nunca de mi lado, ó que me lleve con él, pues estoy muy triste sin verle y sin ver á Vd.

¡Qué dicha seria para mí el estar al lado de los dos!...

Verles, oirles, obedecerles, saber que estaban contentos, y quererles mucho, cada dia más, seria una alegría muy grande para mí.

¡Lo quiero tanto, señora!...

Y no es sólo porque yo le agradezca lo que por mí ha hecho; yo creo que lo querria lo mismo aunque sólo le hubiese visto una vez.

Voy á pintar su retrato para que me acompañe en su ausencia.

¡Dios mio! ¡Que yo acierte á copiar la imágen suya tal como está en mi pensamiento!»

—

«Otro dia ha pasado, y nada sé ni de Vd.,

mi querida señora, ni de Nicolás.

¿Por qué se olvidan de mí?

Yo pido á Dios que me permita volverlos á ver aunque despues me muera.

¡Qué triste es la soledad!...

No tener quien nos pregunte por qué lloramos, ni por qué no dormimos, ni por qué deseamos morirnos ántes de pasar así mucho tiempo.

¡Oh, sí! ¡Si no hubiera de verlos preferiria morirme!...

Más dichosa era yo cuando estaba enferma en Cuba.

El estaba á mi lado, me cuidaba, me daba la salud...

¿Y en el mar cuando veniamos á España? ¡Qué feliz era yo!...

Viendo por todas partes el cielo y las aguas, igualmente azules; dormitando sobre su pecho con el movimiento del barco, semejante á una grande hamaca, y oyendo su voz entre el rumor de las olas.

Al despertar lo veia siempre á mi lado, abrigándome para preservarme del frio, cuidando de que tomase alimento, explicándome lo que era cuanto veia...

¡Dios mio! ¿Por qué no me morí yo entónces, para no estar luégo sin él...

Estoy llorando; si me viera se enfadaria.

En verdad que no tengo motivo para afligirme; se han ido, pero volverán...

¡Oh! ¿Pero cuándo?»

—

«He pintado algo en el retrato de Nicolás.

No me gusta; no es eso lo que yo deseo.

En mi pensamiento le veo tal cual es, y sin embargo, no le puedo copiar.

¡Qué torpe soy!... ¡Cómo se burlará de mí cuando vea su retrato!

Creerá que es porque lo he olvidado... ¡Si supiera cómo yo le veo y cómo le recuerdo!

Pero no sé hacer más.

¿Cuándo vendrá?

Todos los dias lo pido á Dios: quiero verle, quiero decirle que no se vaya más, que no me deje sola.

¡Dios mio! si no viniera, si no lo viese más.

No quiero pensarlo: no será, no puede ser, yo no quiero que sea.

Él me dijo que volveria, y él no me ha engañado nunca.

Pero esta idea que no quiero tener, y

que vuelve fija y tenaz á mi pensamiento, me martiriza mucho.

¿Qué haria yo sin él? ¡Creo que no podria vivir eternamente sola!

Quiero reir, quiero animarme, quiero esperarle, y no sé por qué me pongo triste.

¡Y Vd., mi buena señora, que tampoco me escribe!...

¿Qué he hecho yo para que me olviden así?»

—

«Perdon, mi querida señora, por lo que he escrito ayer. Estaba triste y me quejaba sin motivo.

Dolores me ha dicho que la veré pronto, y muy pronto tambien á Nicolás.

¡Qué alegría!

¡Y yo que dudaba de verlos!...

Soy tan feliz hoy, que rio y canto y lloro, sin saber por qué.

Qué deseos tengo de estar á su lado.

Seré buena, mi querida señora, tendré cuidado de complacerla en todo...

Aquí estoy muy bien; esta casa es alegre y bonita como la jaula de un pájaro, pero es tan sola, tan fria...

¿Qué importa que por todas partes entre la luz y brillen las flores, si el corazon está triste?...

¿Y es posible estar contenta estando sola?

Nadie me vé, nadie me oye...

Pienso yo que así como necesitamos espejos, si hemos de apreciar lo bonito de un vestido, necesitamos tambien de otras personas para ver nuestra alegría...

En nosotros mismos no la contemplamos; necesita copiarse.

¡Cómo se reirá Vd. de mí con estas cosas que pienso!...

Pues aún pienso otras más raras que no me atrevo á escribir.

Por ejemplo; pienso en que una casa con Vd. y con Nicolás, aunque fuera muy fea, nos pareceria un paraiso, ó al ménos me pareceria á mí.

Algunas veces veo pasar desde mi balcon niñas de mi edad, seguidas de un caballero jóven y una señora hermosa, que las miran con amor; pienso que son sus padres, y comprendo lo feliz que será la que tenga á su lado dos séres tan queridos.

Pienso tambien en que si yo hubiese conocido á los mios no les hubiese amado más que amo á Vd. y á Nicolás.

La verdad es que el recuerdo de mi pobre abuelita es ménos vivo que el de ustedes en mi pensamiento.

Tambien pienso en la pobre Luisa. Usted me dijo que habia entregado á Nicolás una carta para mí, y creo recordar que le supliqué que la leyese.

¿Que puede ser?

Algun encargo suyo...

Siempre me hablaba de cosas que yo no entendia, y de otras que tenia que decirme.

¡Infeliz!...

La verdad es que su recuerdo me entristece mucho.»

El cuaderno de Teodosia variaba poco en la esencia de lo que dejamos copiado. Alternativas de tristeza y alegría, de esperanza y desaliento: un gran cariño hácia sus protectores y una gran impaciencia por verles: esto era todo.

Nicolás escuchaba profundamente conmovido: cuando Clara acabó de leer, tomó el cuaderno y lo besó con ternura.

—Pobre ángel,—dijo.

—Y bien—dijo Clara—¿qué piensas hacer?

—No lo sé: mi pensamiento se confunde entre una angustia infinita y una extraña alegría: no lo sé; pero ante todo, vamos á buscar á mi hija.

—¿Y qué la dirás? Piénsalo bien.

—La verdad.

—Imposible: tú no puedes manchar la pureza de su pensamiento con esa historia de crímenes; tú no puedes despertarla á la vida con el desprecio hácia su madre y la duda de todo.

—¡Oh, es horrible!... ¡Horrible! ¿Y cómo ocultárselo todo, si es fuerza que sepa que soy su padre?

—No debe saberlo: de hacer pública la falta de su madre, ¿qué nombre darás á esa niña?

—El mio, el que le pertenece.

—Imposible: tendrias que hacer declaraciones vergonzosas para ella y para tí... Perdóname, pero debo hablarte con franqueza: la verdad terrible que revela esa carta debe ser un secreto para todos.

—Ya se la conoce.

—¡Bah!... No creas tú que tratándose de personas desconocidas y de una carta leida á medias y sin interés alguno pueda recordarse... Además, es un secreto que debe ser sagrado, y lo será... No lo dudes...

—¿Y qué haremos?

—¡Oh! El consejo es muy difícil... Se trata de un asunto gravísimo.

—Sin embargo, yo te lo ruego; yo no sé qué hacer.

—Creo que Teodosia no debe saber nada jamás del secreto de su nacimiento.

Nicolás suspiró levemente.

—¿Tú lo crees así?—dijo.

—Sí.

—Pero es muy triste no poder decirle: eres mi hija.

—Más triste seria hacerle dudar de todo al dudar de su madre, y al saber á quién ha llamado padre. Además, las leyes están muy claras en ese punto, y es difícil que se pudiese cambiar su estado civil... ¿Qué adelantarias con ello? El escándalo se apoderaria del nombre de la pobre niña para mancharla, para inutilizarla moralmente: la sociedad es cruel con las faltas de los padres, pues ellas sellan indeleblemente la frente de los hijos... ¿Cómo borrar ese estigma que forma el vacío en torno del sér inocente sólo por ser heredero de una culpa? De ningun modo. Ni tu amor, ni tu inteligencia, ni tu sangre misma, podrian borrar la mancha que la publicidad del secreto ha de arrojar sobre tu hija.

—¿Pero cómo dejarla llevar el nombre de ese asesino? ¿Cómo sufrir que pueda

recordarlo? ¿Cómo dejarle el derecho á cualquiera que de su familia se presente, de ejercer autoridad sobre ella?...

—¿Y cómo tampoco envolverla en un escándalo? ¿Cómo destrozar por egoismo su porvenir? Además, tu fortuna puesta á su nombre en el Banco, seria difícil de reclamar si ese nombre resultaba falso, habria un pleito...

—Esta carta prueba que es mia.

—Esas pruebas son largas y difíciles.

—¿Y qué hacer? La duda me vuelve loco.

—El problema está ya resuelto: Dios te ha entregado á tu hija de una manera incondicional: consérvala á tu lado. Dios tambien, porque la casualidad no hace cosas tan grandes y trascendentales, Dios, decia, la ha dejado sola, completamente en tu poder, y Dios, por último, le ha dado lo que tú no hubieras podido darle; una legitimidad; y bien, es fuerza ver las cosas como son, Nicolás: no tiembles de dolor: para su porvenir, para la sociedad, es preferible que sea hija legítima de un matrimonio oscuro, vulgar, desconocido, y adoptada por tí en su desamparo, á que se supiese á quién debia la vida...

—¡Oh... el castigo, el doloroso castigo de mi culpa!... ¡Pero qué horrible, Dios mio!

—Sí, es cruel, pero tienes su amor: tendrás su presencia, sus caricias...

—¡Y mi remordimiento!... Tendré siempre entre mis dos hijas, entre *la muerta y la viva*, el recuerdo del asesino, al que no puedo maldecir sin maldecir el nombre de mi hija; el fantasma ensangrentado de la mujer impura que rechazó el lugar que mi conciencia le ofrecia, para lanzarnos á todos en un abismo de dolor...

—Cálmate; yo te lo ruego...

—¡Oh, Clara, amiga mia, si supieras cómo sufro!...

—Sí, lo creo, pero es fuerza tener valor.

—Lo tengo, pero no es culpa mia; el recuerdo de nuestras faltas es invencible; él amarga nuestros goces, él llena de sombras cuanto nos rodea, él se alza sombrío burlándose de nuestras esperanzas... ¡ah!... ¡la conciencia!... ¡Qué tribunal tan inflexible cuando condena con fallo inapelable!... Yo soñaba venganzas, y sufria el castigo de un crímen cometido sin otro motivo que mi capricho; yo queria que mi hija fuese sagrada, y robé otra hija á una madre que como yo la amaria, y con mis du-

das excépticas, con mi exclusivismo, la arrojé al vicio sin freno; yo soñaba con dar mi execracion al nombre del asesino, y ese nombre es inviolable para mí, porque ese nombre es el que legalmente pertenece á una hija mia que yo no sospechaba que existiera. ¡Oh! ¡Es Dios! ¡Es su mano justiciera, es su voluntad inmutable, y al someterme á ella, doblegado por el dolor, reconozco su justicia!

—Sí; es la voluntad de Dios, acatémosla; deja á tu hija en su ignorancia feliz: la inocencia es un tesoro que no debe ser arrebatado; tienes su cariño, no pidas más, y admite esta dicha como una prueba del perdon divino.

—Sí; tienes razon, debo hacerlo así; pero quiero verla, necesito oirla y estrecharla contra mi corazon: llévame á donde esté.

Clara abrió la puerta del gabinete, llamó y pidió el coche.

—Vamos—dijo, poniendo una mantilla sobre su cabeza;—la pobre niña me espera á mí; pero tu vista va á causarle una dulce sorpresa.

—Dios me es testigo—dijo Nicolás con voz sombría—de que tengo miedo de verla, ¡tanto, por lo ménos, como deseo!

CAPÍTULO XV.

Teodosia estaba sola, sentada en una pequeña butaca al lado de su balcon, y leyendo en un libro.

La pobre niña estaba triste: hay en el espíritu movimientos indefinibles, tan rápidos, tan inmotivados, que á veces se escapan al análisis de la razon que no sabiendo comprenderlos, los llama presentimientos, es decir, la vaga idea de algo que aún no ha sido, que acaso no será nunca.

Se habia vestido esperando á Clara con esa dulce é inofensiva coquetería de la adolescencia, grata por su inocencia y bella por su sencillez.

Un trajecito azul con ligeros encajes blancos suavizaba aún más la plácida belleza de la niña, haciendo brillar el color nacarado de su cútis fino, aterciopelado como la hoja de un lirio.

Sus dos trenzas rubias, largas, pesadas,

ricas, con matices de oro, se deslizaban por su espalda sujetas por ligeros lazos de terciopelo.

La niña distraida, prestaba apénas atencion á lo que leia: sus bellos ojos tenian algo que pudiéramos llamar un vapor de llanto, pues si las lágrimas no se veian en ellos se adivinaban.

De repente se alzó con viveza arrojando el libro, y se dirigió á la puerta. Habia oido llamar y en efecto, Clara y Nicolás entraban cuando llegaba al recibimiento la niña, impaciente por saber quién era.

Una exclamacion de sorpresa se escapó de sus labios y corrió hácia ellos ansiosa, pero se detuvo confusa, ruborosa, tímida como una paloma que al ensayar las alas se asusta del vacío.

Nicolás se detuvo tambien: el momento era supremo; uno de esos instantes que marcan en la vida un relieve imborrable, perceptible, que es más que recuerdo, que es fecha viviente en la historia del corazon.

Clara, comprendiéndolo así asió la mano de la niña y la llevó consigo á la salita en que ántes se hallaba: Nicolás las siguió, y Dolores, á una señal de Clara, cerró la puerta en pos de ellos.

—Aquí tienes, Teodosia, á tu buen amigo, que ya no te dejará más,—dijo Clara dominando su emocion, y procurando dar á su voz su acostumbrada serenidad.

—¡Ah! sí;—dijo la niña aún vacilante.

—Ya estarás contenta,—siguió Clara, en tanto que Nicolás conmovia el mueble en que se apoyaba con una leve oscilacion; tal era el extremecimiento nervioso que lo agitaba.

—Sí,—repitió Teodosia siempre confusa.

Nicolás la miraba con ánsia; parecia que buscaba en aquellas delicadas facciones los rasgos visibles de una semejanza natural entre sus dos hijas, y áun consigo mismo, como Clara le habia asegurado.

Sus ojos tenian una fijeza extraña: su boca, inmóvil, parecia pronta á romper en sollozos.

Clara sentia un malestar punzante: la inmovilidad de Nicolás la asustaba: un estremecimiento leve agitaba su cuerpo: tenia miedo.

Teodosia por su parte estaba pálida, muy pálida, con los ojos bajos, la boca temblorosa, sin sonrisa y sin voz.

Algunos momentos más de aquel estado

violentísimo, y hubiera sobrevenido una explosion.

Clara lo comprendió así.

—Teodosia—dijo asiendo de nuevo la mano de la niña,—abraza á Nicolás.

Y la empujó dulcemente hácia Solís, que hizo un movimiento de espanto ó de alegría, no lo sabemos; retrocedió un paso y se detuvo como avergonzado de su intencion, abrió los brazos y recibió en ellos á la niña.

Teodosia, al sentirse estrechar de una manera delirante por Nicolás, quiso desasirse, dió un leve grito y quedó desmayada sobre el pecho de su padre.

Este, al sentir caer inerte sobre su seno aquella juvenil cabeza, la miró con asombro y dijo con voz ronca y dura:

—¡Ah! ¡Estoy maldito!... ¡La he matado tambien!...

—No, no, Dios mio—dijo aterrada Clara sosteniendo á la niña desvanecida;—no está muerta, es la impresion, la sorpresa... es nerviosa y delicada, no te esperaba, se ha asustado...

Y al decir esto reclinaba á Teodosia sobre unos almohadones, y procuraba dar calor á sus heladas manos.

Nicolás se puso de rodillas ante la niña.

—Hija, pobre hija mia—dijo con extravío,—mi presencia te mata, perdóname si he querido verte...

—Tesia—decia entre tanto Clara pasando su pañuelo humedecido por las sienes de la niña;—Tesia mia, niña querida, soy yo, tu amiga, vuelve en tí.

—Adios—dijo Nicolás besando la boca helada de la niña;—adios, mi pobre hija: que Dios aleje de tu frente el anatema que pesa sobre la mia; que no sepas nunca que este desgraciado es tu padre.

Y se alzó, vacilando como un ébrio, y se dirigió á la puerta.

—No—dijo Clara cerrándole resueltamente el paso,—no te irás; es una locura, no puedes dejar así á tu hija.

Nicolás pasó su mano por la frente con inexplicable angustia.

—No puedo, Clara, no puedo—murmuró;—es más fuerte que yo... es un dolor cruel...

—Ten valor—dijo secamente Clara,—y cumple tu deber.

Nicolás se detuvo, miró á Clara, miró á Teodosia, cuya frente parecia recobrar el color de la vida, y dijo lentamente:

—Tienes razon: gracias.

Se aproximó á la niña, la asió en sus brazos y la llevó á un balcon cuyas vidrieras abrió.

La ráfaga de viento que envolvió su rostro pareció reanimarla y sus ojos se entreabrieron, volviendo á cerrarse.

—Teodosia—dijo Clara aproximando á los labios de la niña una copa llena de agua,—bebe y despierta, que el coche nos espera.

—¿Me he dormido?—dijo débilmente la niña incorporándose. Y al ver á Nicolás que la sostenia, exclamó:—¡Ah!...

—Sí, te has dormido—dijo Nicolás con voz serena,—y sin darme la bienvenida.

—Yo, no sé...—murmuró Teodosia.

—Vamos—dijo Clara,—es tarde; hablaremos en casa.

Y sosteniendo á la niña, que aún vacilaba, salió seguida de Nicolás.

—Me llevo á la niña—dijo á Dolores que la salió al paso;—yo enviaré á recoger sus ropas y objetos...

Y siguió, sin escuchar las protestas de sentimiento de la anciana.

El coche recorrió en algunos momentos el corto trayecto que mediaba desde la

casa de Dolores, que abandonaba Teodosia, hasta la de Clara, donde iba á vivir en adelante.

Clara, agitada aún, impaciente, nada decia: Nicolás miraba fijamente á Teodosia, que se apoyaba en el hombro de Clara, y que se ruborizaba cada vez que el movimiento del coche hacia rozar su mano con la de Nicolás que la sostenia.

Solís notaba este rubor, y una palidez aún más densa se extendia por su rostro, como si fuese su sangre la que huia para dar color á las mejillas de su hija.

Clara subió la escalera de su casa como habia bajado la de casa de Dolores; esto es, sosteniendo á Teodosia.

Al llegar á su gabinete, la dejó con Nicolás para ir á dar algunas órdenes referentes á la instalacion definitiva de la niña en su casa.

Nada habian hablado de ello; pero ni á Clara se le ocurrió que Nicolás pudiera oponerse, ni á éste pensar que Clara no lo haria.

Moralmente era asunto resuelto, sin que hubiera mediado acuerdo ninguno.

Nicolás al quedar solo con su hija siguió mirándola con aquella ansiedad suprema,

con aquella sed de verla que hacia ruborizar á la niña, que no la comprendia.

—¿Deseabas verme, hija mia?—la preguntó acariciando su mano, tibia ya con el calor de la vida.

—Sí—murmuró Teodosia.

—¿Has estado contenta con Clara, la quieres mucho?—volvió á preguntar otra vez, dominado por la emocion, Nicolás.

—¡Oh, sí!—dijo la niña animándose y recobrando su sonrisa;—pero no como á tí.

Nicolás se extremeció. Eran las primeras palabras de cariño que oia de su hija, despues de saber que lo era.

—¡Ah!...—dijo—¿me quieres á mí más.

—Sí—dijo Teodosia con la ardorosa voz de la cubana, que parece templar su acento en el calor de su corazon.—Sí; te quiero tanto, que si no he de verte no quiero la vida.

Nicolás sorprendido, aterrado, dejó la mano de Teodosia: aquella voz no era la voz juguetona y mimosa de la niña que pide caricias; era la de la mujer apasionada que ofrece amor.

En el tiempo en que Nicolás habia dejado de ver á Teodosia, la niña se habia

desarrollado, se habia trasformado en mujer.

Su cuerpo esbelto y fino marcaba ya las graciosas ondulaciones de la adolescencia; sus ojos tenian la púdica mirada de la vírgen que se asombra de la vida.

Aquel rubor movible como un velo de rosa que se extendiese por su rostro, aquella sonrisa inocente y púdica, eran como la alborada de la juventud, que se iniciaba brillante en la niña, cuya sangre estaba templada en el ardiente sol de América.

Nicolás sentia un dolor agudo, infinito, ante el presentimiento de una nueva desgracia. Tenia un temor vago, que él mismo no definia.

—Cuéntame, cuéntame tus estudios—dijo Nicolás vacilando—y lo que has hecho en mi ausencia.

—Nada—dijo Teodosia, avergonzándose sin duda de la poca perfeccion de lo que habia hecho;—nada, te lo aseguro, pensar en tí. Pero ya no te irás más—siguió animándose,—y yo podré hacer otro retrato tuyo, así, tal cual eres...

Y su mirada fija y absorta se detenia en Nicolás, que sentia brotar en sus sienes menudas gotas de helado sudor.

Clara apareció, poniendo fin á esta escena dolorosa para Nicolás.

—Ya tienes tus habitaciones dispuestas, hija mia, vé á descansar en tanto que es hora de comer: ya las conoces, son las mismas que ántes ocupabas.

Teodosia se levantó.

—Adios—dijo,—hasta luégo.

—Espera—dijo Nicolás con amargura; y adelantando hácia ella rodeó su cuello con sus brazos y la besó en la frente:—adios—la dijo,—no sé si podré verte despues: ¡adios!

—¡Ah!... ¿Otra vez te irás?—dijo la niña con lágrimas en la voz y en los ojos.

—Acaso sea preciso, pero volveré: no me olvides.

—¡Olvidarte! ¿Pero por qué has de irte de nuevo?—dijo Teodosia mirándole con afan.

—Es preciso.

—Pues bien, me iré contigo.

—Imposible: si yo tardo en volver, siempre y en todos los sucesos de tu vida, mira como tu madre á Clara; su noble corazon sabrá comprender el tuyo.

—¡Nicolás!...—murmuró ésta que no se explicaba lo que sucedia.

—Adios, Clara; adios, Teodosia, hasta luégo—dijo saliendo ántes que las dos mujeres le intentasen detener.

Tan rápido fué este movimiento, que Clara no pudo impedirlo, y quedó anonadada y muda junto á Teodosia que la miraba con espanto.

—¡Se vá!—exclamó la niña llorando.

—Esperemos que vuelva—dijo dominándose Clara,—y entre tanto pidamos á Dios su proteccion para él.

CAPITULO XVI.

Clara recibió al dia siguiente una carta de Nicolás concebida en estos términos:

«No sé cómo empezar esta carta, Clara, y sin embargo es preciso. Lo quiere Dios, lo ordena este destino mio que implacable me persigue: al escribirte obedezco á mi conciencia, y Dios sólo sabe cuán doloroso me es el sacrificio que ella me impone.

¡Oh, Clara!... ¿Dónde van los sueños del hombre, dónde van sus esperanzas, dónde van sus venturas?... ¡Quién lo sabe! Acaso como sólo hay un sol para los mundos sólo hay una dicha para los corazones, y pasa por uno para reanimarle, y vuela á otro y lo alienta, y le abandona despues siguiendo su destino.

No hay más que una diferencia entre la naturaleza física y la moral, y es que en la primera todo renace y en la segunda todo muere. El sol vuelve, pero la dicha no.

¿De qué hablo yo?...

No lo sé: mi pensamiento es un caos en el que sólo hay una idea fija: la muerte.

La idea del no ser, del descanso, del olvido, de la tumba ignorada y eternamente sola, del nombre borrado para siempre del libro de los vivos, me atrae con extraña fascinacion.

Sobre todas mis desdichas pasadas, yo tuve por un momento la esperanza de que descendiese un rayo de la misericordia divina, pero he comprendido que así como la tierra abrasada por la hirviente lava no vuelve á dar flores, el sér maldito, el que ha ido dejando en pos de sí huellas de sangre y sombras de muerte, no puede esperar las alegrías que son patrimonio de la virtud y el bien.

Sí, Clara, sí; en vano seria que tu divino amor, cuya fe es mi sola fe, intentase envolverme en el expléndido manto de la esperanza: mis manos crispadas por el dolor, romperian en girones sus galas delicadas y mi corazon quedaria de nuevo descubierto á los golpes del destino.

La fatalidad no se vence, Clara.

Yo he debido morir cuando murió mi primera hija; desde aquel momento he vi-

vido sostenido en mi deseo de vengarme, como el náufrago en la tabla, y como éste sobre un abismo.

Al saber que el asesino habia muerto, que mi venganza se me escapaba, he reconocido la inutilidad de mi vida y he buscado la muerte.

Confieso voluntariamente que tu recuerdo ardiente y apasionado, y la memoria dulce y tierna de esa pobre niña, que se levanta sobre mi pasado como encarnacion viva de mis faltas, me atraian con invencible poder...

¡Acaso he sido débil, acaso he obedecido á esa atraccion!... No lo niego, ya he dicho que era invencible.

Al saber que Teodosia es hija mia, una oleada de inmensa ventura ha reanimado mis sentimientos, como reanima por un momento á un cadáver la corriente eléctrica; pero igualmente ha sido instantáneo el efecto.

El vacío, el abismo inmenso, oscuro, insondable, ha vuelto á abrirse ante mí con incitadora atraccion.

Tú no lo has visto, tú has pasado á su lado con la inocente seguridad del niño, y es fuerza que yo lo muestre á tus ojos.

La idea de vivir junto á mi hija sin poder decirle los lazos que nos unian; la más triste aún, de saber que el nombre que lleva es el del asesino de mi Clara, la duda eterna de su porvenir bajo ese nombre, hubieran podido encerrarse en mi pensamiento, destrozándole, ó amoldándose en él para vivir conmigo bajo la forma de una eterna duda, de una lucha eterna; pero hay algo mucho más horrible, mucho más cruel, que ni cabe en el pensamiento ni en el corazon y que es fuerza romper y arrojar léjos de sí ántes que nos ahogue entre sus lazos de hierro.

Ese algo tú no lo adivinas, y acaso apénas lo creas: ese algo es el castigo más grande que Dios ha podido reservar á un miserable como yo.

Oye y compadéceme, y comprende y disculpa cuanto haga.

Teodosia, mi hija, la niña pura y sencilla que yo dejé en tus manos con el perfume y la belleza del capullo, al trasformarse en flor encantadora, en mujer apasionada, como lo son las hijas de su país, ama con su primer amor, con su pasion virginal, y por lo mismo más grande.... ama.... ¡ah!... quisiera que tu corazon adivinase lo que yo

apénas puedo escribir, Clara; ama... ¿lo has adivinado tú tambien? ¡Ama á su padre!... ¡Qué horror!... ¿No es verdad que la maldicion divina pesa sobre mí con inusitada fuerza, y que la vida en tales condiciones es imposible!...

Al comprender el terrible secreto he temblado con el presentimiento del porvenir, y el dolor y el espanto me han dado fuerzas para romper con el presente.

Sí, Clara, he tenido esa fuerza que alienta al héroe, y que no está en nosotros mismos, sino en los sucesos en que se inspira.

Si Dios me hubiese perdonado, si yo hubiese tenido derecho á la felicidad, unido á tí, y con Teodosia al lado nuestro, áun hubiera podido olvidar.... no, olvidar, no; esa palabra es una profanacion, yo no olvido; lo que hubiera hecho hubiera sido acostumbrarme al dolor, dulcificarlo con vuestra adorada presencia; pero este sueño era imposible para el sér maldito que sólo debe pasar sobre la tierra, sin dejar en ella huellas de su paso, y morir solo, para no tener ni el consuelo del recuerdo del ser amado.

Ese amor que yo he adivinado es el dedo de Dios que borra todas las palabras de

esperanza que mi locura habia escrito; es el fuego que destruye todas las flores que mi fantasía habia cuidado; es el viento que dispersa en inútiles granos de arena la montaña formada con mis afectos para descansar á su sombra.

Tú lo comprendes: tú, Clara, tan justa, tan recta, tan buena, tan indulgente.

¿Cómo he de luchar yo contra el amor de esa pobre niña, si estoy ante ese horror atado, encadenado por el terrible secreto?

Imposible decirle: *eres mi hija;* más imposible aún hacérselo comprender, pues la inocencia, como el excepticismo, necesita pruebas.

¡Y las pruebas son tales, que destruirian todo lo que de adorable hay en ella!...

¡Imposible!... ¡Mil veces imposible!...

No hay más que un medio: desaparecer yo, borrar por una ausencia eterna mi imágen, fatalmente grabada en su pensamiento.

Además, Clara, te confieso que era superior á mis fuerzas la vida íntima á su lado, la vida del cariño y de la confianza, sin besar su frente, sin estrechar sus manos, sin decirle á cada paso que su vida es mi vida, que su sangre es mi sangre, que ella es mi hija!...

Y tú tienes razon; no puede, no debe saberlo jamás.

Al lado tuyo, amada por tí, por tí protegida, ella olvidará esa ilusion de niña, y será feliz.

Tú cuidarás de trasmitirle tus virtudes y de acostumbrarla á imitar tus encantos.

Tú harás de ella una noble dama, una honrada esposa, una digna madre.

Rota la cadena que á mí la unia, el anatema, la fatalidad se rompe tambien, y ella podrá redimir con sus virtudes el espíritu rebelde de su pobre madre, manchado con la impureza, y el soberbio de su padre en lucha consigo mismo, rendido al peso de su propia miseria.

Esto es lo que yo te pido de rodillas, Clara; tu amparo para mi hija, tu amor para mi Teodosia.

Te escribo por última vez, Clara, y no quiero negarte que al leer la carta que para mí entregaste á Francisco, he acariciado en mi alma la esperanza de la suprema felicidad: tener tu amor era para mí como tener una gloria, era la realizacion de mis sueños, era más que la vida.

Pero para tener ese amor, para dejarme redimir por tu ternura, era preciso alejar

á Teodosia de tu lado, exponerla al porvenir incierto, á la soledad peligrosa, y entre su ventura y la mia, no he vacilado en preferir la suya.

¿Qué importa que se acumulen las nubes sobre el sol que va á ocultarse, si de todos modos le espera el no ser, la oscuridad y la noche? Pues de igual modo nada importa apresurar la vida que acaba, y seria un crímen oscurecer la vida que empieza.

Sé que tú aceptarás el cuidado de mi hija, y voy á hacerte el último ruego: es inútil conservar lo que para su tranquilidad puede ser un peligro: rompe la carta de ese desdichado Herrera, y destruye tambien esta mia: que no quede nada, ni las cenizas de tan triste historia!

Háblala alguna vez de mí: mi espíritu debe alegrarse con el reflejo de vuestro recuerdo.

Y ahora, adios: no sabia yo cuán triste es esa palabra, no la comprendia: ¡ahora sé bien que en ella acaba todo!

Despues que envie esta carta á su destino, me encontraré solo, completamente solo, como una rama separada del tronco que el huracan arrastró léjos del sitio en que absorbió la vida.

¿Qué haré entónces?

¡Ah, Clara! ¿Qué importa á dónde vá á caer la hoja marchita, qué importa sobre qué lugar se apague el pequeño globo encendido por el azar, que ni iluminó ni deslumbró con su presencia?

La muerte es una buena, una invariable amiga, que recibe en sus brazos á los desgraciados y les trasporta dulcemente al lugar del descanso.

Para mí tiene un encanto singular.

Sobre la oscuridad abrumadora de mi pensamiento se destaca su mano blanca y fria, mostrándome una puerta entreabierta, la del sepulcro; esto es, la de la esperanza.

No creas que pretendo hacer gala de un sentimentalismo platónico, no: te digo la verdad sencilla y severa tal como brota de mi pensamiento; mi único recurso es hoy morir.

Estoy cansado; he luchado contra el destino y me ha vencido.

He buscado la felicidad y ha huido ante mí; he intentado detenerla y la he destrozado entre mis manos.

¿Para qué esperar más?

El hombre es siempre un guerrero que no debe retroceder; si halla ante su paso un

abismo, en él debe quedarse.

A mí me atrae el del no ser, y voy á buscar en su fondo el descanso.

¿Qué importa al mundo, como decia el poeta, que haya un cadáver más? Y aún le importa ménos si este cadáver es el despojo miserable de un pobre loco arrastrado por sus sueños á las ambiciones más altas, á los deseos más grandes, á las esperanzas más sublimes!...

¡Ah, y cual pasó todo!...

¡Cual destruye el mundo en su rueda gigante todas las aspiraciones, todas las grandezas, todas las venturas!...

Veis una frente alta, soberbia, que lleva dentro de sí el contorno de un mundo ideal con afectos sublimes, con virtudes reales, con verdades tangibles, y poco despues aquella frente cae cansada, el mundo soñado se ha hundido sobre ella, y la destroza; la humanidad sigue indiferente su marcha á través de los tiempos, dejando atrás, hundido en el polvo, inútil para la lucha, al que ha pretendido detener su carro triunfal y ha caido aplastado bajo su rueda brutal, por lo mismo que es inconsciente.

¡Oh, mis sueños, mis creencias, mis ambiciones!...

Todo, todo se vá, todo desaparece en el torbellino que gira en torno mio.

Yo soy ya un sér vulgar, doliente, solitario, sin un rincon donde buscar el descanso, sin una piedra donde poder reclinar mi cabeza...

Y no puedo quejarme: es el destino.... ¡siempre así!... ¡siempre el vacío!...

¿Qué resta al hombre de sus crímenes, de sus luchas, de sus pasiones?...

La sombra, la nada, la asfixia, el conocimiento de su miseria y de su pequeñez...

Preciso es, Clara, que nuestro espíritu esté animado de un reflejo divino cuando se lanza á tales alturas desde tan bajo.

Pero falta ese aliento tambien, y entónces ya no se lucha, se abandona el despojo mortal al acaso.

Sólo la virtud graba una huella estable en la senda movediza de la existencia; sólo las acciones del bien alcanzan vida de inmortalidad.

Sólo el que es bueno tiene el derecho de ser feliz, porque la felicidad no pasa ante nosotros como un fantasma evocado por nuestro capricho; brota, nace de nuestros actos, se sostiene en ellos, y como herencia suya nos enriquece.

Lo he conocido tarde, y me resigno. Voy á buscar esa otra felicidad sin nombre y sin figura de la nada.

Sakespeare ha dicho:

«La felicidad es no haber nacido.»

Con más razon hubiera podido decir:

«La felicidad es morir.»

Adios, Clara; salva á mi hija de la herencia de mis faltas, edúcala para la virtud y te deberá más que la vida, porque te deberá la paz de la conciencia.

Y tú... perdóname: te he amado con mi último amor, y sólo lágrimas he podido ofrecerte...

Nicolás.»

EPÍLOGO.

En los primeros dias de Mayo de 1880 tenia lugar una escena encantadora en los alrededores de uno de esos preciosos palacios que, con el modesto nombre de *Quintas*, hermosean los ricos y féstiles campos del antigüo y célebre reino valenciano, enclavado hoy en la corona de Castilla, como una magnífica flor de rubíes.

Nada más agradable que esos retiros perfumados, donde la naturaleza hace alarde de un lujo de vejetacion exuberante y expléndido.

Sus flores matizan el suelo como una alfombra de vivos colores; los perfumes saturan el viento más profusamente que los extractos vertidos en el *boudoir* de una *cocotte* á la moda; y los pájaros que anidan en los grandes árboles, que templan con su sombra dulce la viva luz del sol, llenan

de vida y armonía aquella soledad plácida y risueña, mucho más grata cuando se han dejado por ella los ruidos chillones y la vida mercantil y prosáica de las grandes ciudades.

Una dama muy jóven, con una frescura cándida y brillante en su rostro, notablemente hermoso, se apoyaba en el brazo de un caballero de gallarda apostura, con ámplias patillas que revelaban al hombre de mar, y color tostado que confirmaba esa revelacion.

Un niño pequeño que apénas podia andar iba delante, riendo y jugando con un gran perro de Terranova que, como si se avergonzase de su corpulencia junto á su diminuto compañero, se bajaba hasta arrastrar en la tierra las limpias lanas negras que le adornaban poniendo así sus anchos lomos al nivel de las pequeñas manos de su dueño que, tirano ya, cuando apénas podia sostenerse sobre los piés, tomaba, como suelen hacer más tarde esos niños grandes que se llaman hombres, la humildad por cobardía y la abnegacion por debilidad, y enredaba sus deditos rosados en las negras guedejas, tirando de ellas hasta que la misma presion le molestaba y las dejaba riendo,

ó gritando, por no acertar á deshacer pronto el nudo por él formado.

—Sito—dijo la señora con esa tierna y mimosa voz que tienen las madres para hablar con sus hijos—deja al pobrecito *Negro*, le haces daño y te morderá.

El perro, al oir la voz de la jóven dama, saltó contento á su lado, con tal brío, que su pequeño amigo rodó por el suelo.

—Vamos, al fin—dijo el caballero levantando en sus brazos al niño,—siempre acabas por llorar con el maldito perro. *¡Negro!* ¡Aquí!... ¡Vamos, pídele perdon á Nicolasito!... ¡Pronto!... Así... Otro salto... Vamos, dale un besito...

El niño comenzó á reir á carcajadas, sin haber tenido tiempo de secar las lágrimas que mojaban sus redondas mejillas, como humedece la lluvia una rosada manzana.

—¿No te duele ya?—preguntó la madre: —díme dónde te lastimaste, vidita mia, gloria...

—Si lo mimas le harás llorar de nuevo, —dijo el marino depositando en el suelo su ligera y adorada carga.

La madre sonrió con dulzura, y se apoyó otra vez en el brazo de su compañero.

—¡Lo quiero tanto!—dijo.

—¿Más que á mí?—preguntó él mirándola apasionadamente.

—¡Oh, no!... ¡Más no!... Pero no te sé explicar por qué no queriéndolo más, es, sin embargo, el cariño más vivo...

—¡Teodosia mia... Si pudiera tener celos del santo amor que tienes á nuestro hijo, los tendria de seguro; quiero ser el primero en tus afecciones.

Teodosia, pues, la jóven esposa y madre, es la niña gentil que ya conocen nuestros lectores, sonrió con dulzura, con esa sonrisa de la mujer enamorada que á nada es comparable.

—No, Manuel, no,—dijo suavemente—entre el amor de hijo y esposo no hay primero ni segundo, es uno mismo; así como un tronco que se divide en dos ramas, como una llama que se parte en dos penachos...

—Siguiendo tu bonito simil, puede el uno absorber toda la fuerza...

—No lo temas; la fuerza está siempre contenida en el tronco; esto es, el corazon que por igual les dá vida.

—Esa afirmacion merece ser confirmada con un beso—dijo Manuel inclinándose.

—¡Chist!...—dijo ésta mirando á todos lados con deliciosa coquetería—¡pueden vernos!...

—¡Y qué importa!... ¿No eres tú mia?

—Sí.

—¿Eternamente mia?

—¡Quién lo duda!...

—Pues entónces...

—Por lo mismo que tienes de plazo toda la vida, no está bien que tengas prisa—dijo riendo.

En aquel momento, interrumpiendo el dulce diálogo de los dos esposos, *Negro* se alejó algunos pasos del niño, olfateó en el viento, y se puso á ladrar desesperadamente.

—¡Eh! *¡Negro!*... ¡Aquí!...—gritó Manuel con enfado:—¡Cállate!... ¡Maldito animal!

Pero el perro, si bien se habia aproximado á su amo, seguia gruñendo de una manera sorda, y parecia dispuesto á lanzarse sobre alguien que aún no se veia.

Teodosia habia tomado al niño en sus brazos.

—Sentémonos un poco aquí—dijo.

Manuel quedó de pié á su lado mirando en la direccion en que el perro parecia adivinar á una persona extraña.

Momentos despues dos hombres, cubiertos con el traje talar del sacerdote, aparecieron por entre los árboles que sombreaban la huerta.

—Buenas tardes tengan Vds.—dijo uno de ellos, con voz reposada y dulce;—¿nos harian el favor de indicarnos el camino de Valencia?... Nos hemos extraviado en estos campos, y como tenemos necesidad de llegar esta noche...

—Valencia está léjos para ir á pié hasta allí, y además es tarde—dijo Manuel con amabilidad:—si ustedes quieren honrarnos descansando en nuestra casa, nuestro coche les llevará.

—Gracias—dijo el religioso que habia hablado;—pero no puede ser.

—¡Nicolás!...—dijo en aquel momento Teodosia llamando al niño que se alejaba tambaleándose para ir con el perro,—¡vas á caer!

El efecto que produjo la voz de la jóven madre y el nombre que pronunció, en el religioso que habia permanecido en silencio, fué indefinible, rápido, violentísimo, como lo seria el grito de sorpresa del que sintiera hundirse la tierra bajo sus piés.

Trémulo, agitado, fuera de sí, como se dice generalmente para demostrar el estado del que por una fuerte impresion deja de contenerse en los límites de la cordura, el religioso dió un paso hácia adelante, y un

grito se escapó de sus labios:

—¡Teodosia!—dijo en este grito,—¡Teodosia!

El marino le miró con no ménos sorpresa, y se dirigió hácia él:

—¿Conoce Vd. á mi esposa, padre?—le preguntó con asombro.

—¡Oh, Dios mio!... ¡Dios mio!—exclamó; —¡por qué he venido yo aquí!...

Pero Teodosia, no ménos sorprendida en un principio que su esposo, se habia aproximado al religioso, le habia mirado con ánsia, y habia saltado á su cuello con la misma franca alegría con que su hijo la rodeaba con sus bracitos...

—Nicolás, Nicolás—decia llorando,—¿con que no has muerto, con que yo no me engañaba, con que Dios te ha salvado?...

—Sed bien venido á nuestra casa, mi antiguo amigo, *mi padre* hoy,—dijo Manuel subrayando con el acento la palabra padre, —sed bien venido para bendecir nuestra felicidad.

Y volviéndose al otro religioso, que estaba absorto, le dijo:

—Es una escena de familia, Padre: mi esposa es hija adoptiva de su compañero; le debe la vida y la dicha: no es de extrañar su emocion al verle.

El religioso sonrió con bondad y nada dijo.

—Venid, pues, con nosotros—añadió Manuel—mi padre tendrá en ello una alegría, y al partir llevarán el recuerdo de una casa feliz.

—No sé si podemos—dijo el religioso que habia hablado primero.

—Quizá falte á mi austero deber al dar cabida en mi corazon á otro afecto que al de Dios; pero para tener aliento en la lucha que vamos á empezar, necesito verles y recordar su dicha. Dios sabe que yo no les buscaba, que nada sabia de su existencia; pero por algo la Divina Voluntad les ha puesto en mi camino. Yo os lo ruego, Padre José, permitidme que les acompañe.

—No me opongo: Dios mio se regocija con las alegrías puras de la familia: además, tenemos tiempo; hasta mañana á las cuatro de la tarde no saldrá el vapor que ha de llevarnos á nuestro destino.

—Gracias, Padre José, y que Dios lo bendiga.

—Vamos, pues—dijo Manuel.

—Nicolás, ven—dijo Teodosia adelantándose á dar la mano al niño.

—¡Ah!—dijo el religioso conmovido pro-

fundamente.—¿Has dado á tu hijo mi nombre, hija mia?

—Nada más justo—dijo Teodosia, tomando al pequeño en sus brazos.

Nuestros jóvenes, seguidos de los dos religiosos, tomaron un estrecho sendero sombreado por los árboles, rodearon una esplanada delineada por naranjos y limoneros en flor, y llegaron á un pequeño *parterre* que servia de marco, por decirlo así, á la preciosa casa que avaloraba la finca.

Al llegar á sus umbrales, el eco suave y dulce de un piano se dejó oir, resbalando por los entreabiertos cristales de un gabinete, cuya ventana estaba entoldada de jazmines y madreselvas.

—Es Elena—dijo Teodosia, por vía de explicacion.

Y adelantó con la mirada radiante, las mejillas encendidas y la boca entreabierta.

—Papá, papá—dijo precipitándose hácia nuestro antiguo amigo el general Salazar que leia, recostado en un ancho sillon, su periódico favorito, *La Epoca:*—papá, ha venido, ¡está aquí!...

—¿Quién, loquilla, quién ha venido?

—El, Nicolás, mi amigo, mi padre...

—¡Tu padre!...—dijo Nicolás con espanto.—¿Qué dices?...

—Su padre adoptivo—añadió Manuel.

—Y bien, yo me alegro mucho—dijo el general con sinceridad.

Elena, que se habia levantado del piano al verles entrar, les ofreció asientos, besando con piedad la mano de los religiosos.

—¿Cómo ha sido la buena venida?—dijo el general.

—Vamos á Valencia—contestó el padre José,—á embarcarnos para las misiones de la India:—teniendo algunos dias de qué disponer, hemos querido recorrer, con la palabra de Dios en los labios, algunos pueblecitos, y al dirigirnos á Valencia hemos perdido el camino, habiendo encontrado á estos señores que han conocido al padre Nicolás.

—De suerte que la mision de Vds., propiamente dicha, ha comenzado ya.

—Comenzó hace tiempo—dijo el padre José;—durante los últimos años hemos recorrido los desiertos americanos, buscando al hombre salvaje de los bosques vírgenes para iluminar su inteligencia con la idea de Dios, y encender su corazon en el amor divino.

—¡Ah!... ¿Hace tiempo que el padre Nicolás es misionero?

—Y Dios, sin duda, le tendrá en cuenta el dia de la justicia su ardiente celo en pró de la santa causa, su actividad incansable, su inteligencia poderosa y su valor sin límites, puesto al servicio de la fe.

—Ignoraba ese cambio efectuado en su vida.

—Grandes dolores deben haberlo producido—dijo tristemente el Padre José,—porque casi siempre es la mano del dolor la que á Dios nos conduce, pero la fe ha ganado en él un soldado valiente. No sé si es un secreto lo que voy á decir, pero de todos modos, como no se me ha dicho que lo guarde, no temo faltar por ello al respeto debido á la desgracia: el padre Salcedo ha sido en el siglo uno de sus más incrédulos, más turbulentos y desgraciados hijos... No sé por qué la desesperacion puso un rewólver en sus manos, y olvidado del respeto al Criador en la criatura, disparó queriendo morir...

La bala, más piadosa con ser plomo inerte que su pensamiento con ser luz y vida, respetó aquel cerebro abrasado por la duda, é hirió solamente la superficie de su cabeza, como si quisiera, obedeciendo la voluntad divina, envolverla en un bautismo

de fuego para que naciese á la vida de la regeneracion, á la vida de la virtud y de la esperanza... Permítame Vd., señor, que no continúe,—dijo el Padre José conmovido; —pues tendria que hablar de mí... Yo fuí el designado por Dios para llevar al camino del bien á esa pobre alma extraviada: yo lo hallé solo, herido, desesperado, y ayudado por Dios, del ateo hice un hombre...

Nicolás, entre tanto que esta conversacion tenia lugar, nada decia: miraba absorto á Teodosia y su pequeño hijo, y una pregunta subia á sus labios, que se contenian para no formularla.

Manuel, adivinando sin duda ese deseo, se dirigió á él:

—Padre Nicolás—dijo,—¿quereis tener la bondad de venir conmigo algunos momentos, entre tanto que nos sirven la comida?

Nicolás se puso de pié y miró á su compañero, que le sonrió con indulgencia.

—Id, Padre, id—dijo;—yo voy á ver la capilla de que me habla este caballero.

Nicolás salió con Manuel, que le llevó á su despacho, cerrando la puerta por dentro.

—Nicolás—dijo,—como hombre y como

amigo, tienes derecho á una explicacion mia, y voy á dártela.

—Yo debo ser ageno—dijo rápidamente Nicolás,—á todo lo que no sea el servicio de Dios: nada quiero saber.

—Dios no puede oponerse á que un hombre sepa si se han roto los lazos que le unian á la tierra.

—Hágase su voluntad—dijo cruzando fuertemente las manos sobre su pecho,—pero yo habia conseguido domar mis recuerdos como mis pasiones, y ahora se alzarán en tropel, y con más brío, sobre mis propósitos de cumplir un deber.

—La muerte no se levanta fácilmente de su lecho de hielo.

—¡Ah!... ¡Ha muerto ella!... ¡Clara!... Mi noble amiga, la amada de mi corazon, la que ha servido de madre á mi hija, ¿ha muerto? ¡Debí adivinarlo!...

—Sí, ha muerto, y su último pensamiento ha sido para tí, Nicolás; ella no creia en tu muerte; esperando tu vuelta, trazó con mano temblorosa unas líneas para tí.

—¡Oh!... ¡Quiero verlas!...

—Sí, las verás; pero ántes escucha. Cinco años hará—comenzó Manuel,—que una grave enfermedad de mi padre me hizo ve-

nir á Madrid precipitadamente, instalándome á su lado, para asistirle y acompañarle. No quiero negarte que algunas ligerezas mias, algunas faltas, hijas de esas mismas ligerezas, tenian á mi padre sériamente disgustado conmigo, y á mí avergonzado de haber provocado ese disgusto, con el necio pretexto de haberse casado mi padre con esa jóven señora que has conocido, que hija de un íntimo amigo suyo, y huérfana, se ha educado al cuidado de mi padre y en nuestra casa, y que es hoy el ángel de ella, por sus virtudes, por su dulzura y por sus encantos. Al obligarme la necesidad á volver al hogar paterno, hallé á mi padre moribundo, y á su jóven esposa velando por él con una solicitud incomparable. Ni mi padre ni Elena me guardaban el más pequeño rencor: sus manos se tendieron hácia mí con la lealtad del cariño, y el olvido de mis faltas fué para mí mucho más eficaz que lo hubieran sido las más justas reconvenciones: conocí cuál era mi deber, y me juré á mí mismo cumplirlo, y cumplirlo á toda costa. Al recobrar mi padre la salud, tuve con él una explicacion franca y leal, y le prometí lo que ya me habia yo á mí mismo prometido; alejarme de inutilidades peli-

grosas, de vanidades ridículas, de miserias doradas, y ser, si no el heredero de sus gloriosos hechos, por lo ménos el digno sucesor de su nombre. La alegría con que acogió mi padre esta promesa, fué la primera recompensa que obtuve en mis primeros pasos por la senda del bien. Uno de mis más sagrados deberes, era obtener el perdon de una señora á quien la vanidad ó el capricho me habian hecho creer que amaba, y que habia sido ofendida por mí, que la calumnié sin consideracion alguna, y la envolví en una acusacion criminal para vengarme de sus desdenes.

—¡Oh!...—dijo Nicolás.

—Te estoy mostrando el fondo de mi alma: ya me juzgarás despues,—dijo Manuel.

—Esta mujer,—continuó,—tú la conocias, era Clara Blaker. Quise verla, y aunque hacia una vida retirada y solitaria, mi padre, ó más bien, Elena, que siempre la quiso como á una hermana, obtuvieron su aquiescencia, y yo logré ser recibido en aquella triste y solitaria casa. Cuando ví á Clara me sorprendió muy dolorosamente. No parecia la misma: la brillante dama, la hermosa viuda, era una mujer enferma, envejecida, de modesto traje, de voz débil, de

cabello gris y ojos apagados. A su lado, como puede estar al borde de la oscura nube la diamantina estrella, habia una jóven hermosísima; era mi Teodosia. Clara me la presentó como su hija adoptiva; y cuando iba á balbucear una disculpa, mi voz se cortó en mi garganta, temeroso de ofender la pureza de la jóven; Clara, por su parte, me demostró haber olvidado mi ofensa. La impresion que Teodosia produjo en mí, fué tan viva, tan profunda, que me decidí á hablar de ella á mi padre.

—Me complace tu eleccion, me dijo éste; Elena quiere mucho á esa niña y tendrá en ella una hermana; además, es huérfana, es pobre (mi padre lo creia así y yo tambien), tu amor y nuestra modesta posicion le bastarán para ser feliz.

Algunos dias despues mi padre hablaba á su antigua amiga Clara de mi amor por Teodosia y, con gran sorpresa mia, supe que, pretestando la juventud de su hija adoptiva, me negaba su mano.

La negativa me irritó y me empeñó aún más; conseguí fijar la atencion de Teodosia, hacerme amar por ella, y tanto hice para probar mi amor, que Clara hubo de comprender la verdad de este sentimiento, ma-

nifestándome que necesitaba hablarme particularmente de un asunto reservado y grave.

Acudí á su llamada, temblando á la idea de que pensára en separarme de Teodosia, y despues de prometerle, por mi honor de caballero, que lo que iba á oir seria siempre para mí un secreto sagrado, me confió la historia del nacimiento de Teodosia y sus dudas respecto á tu muerte, vacilando en disponer á su voluntad de la suerte de tu hija. Lo que acababa de oir no debilitó mi resolucion de hacer á Teodosia mi mujer; ántes bien, la afirmó más y más, pues al saber que habia un nuevo motivo de dolor para ella en aquel secreto que podia serle revelado, tuve el proyecto de destruir aquellas terribles pruebas tan pronto como fuera mi esposa, y consagrarle todo mi cariño para llenar el vacío que la rodeaba.

Manifesté á Clara mi resolucion; la escuchó con agrado, y teniendo su consentimiento y el de mi padre, con la seguridad del amor de Teodosia, en breve se verificó mi union con la niña que yo creia huérfana y pobre, y que por lo mismo todo iba á debérmelo. Al dia siguiente de nuestra boda, Clara me entregó un talon del Banco de la

Habana, por el cual mi mujer podia cobrar dos millones de reales, impuestos á su nombre por el que por la ley era su padre, y procedente de su padre natural. Con el talon venian la carta de Herrera y dos tuyas, la una en que remitias aquella carta, la otra en que te despedias.

—¡Cómo!—exclamó Nicolás que, agitado, trémulo, se cubria el rostro con las manos;—¡Clara te entregó esa carta!...

—Sí: un engaño fatal habia producido, segun me dijo, tu desgracia; el purísimo cariño de la gratitud y la inocencia habia parecido á tu imaginacion exaltada por el sufrimiento, una pasion que, dadas las circunstancias, era horrible. Clara se convenció de tu error y lo lamentó en su mudo sufrimiento...

—¡Oh, Dios mio!... ¡Dios mio!... Siempre voy sembrando el mal y la muerte... ¡Qué horror!...

—No: Clara estaba delicada; el cambio de clima, las emociones de una vida agitada habian quebrantado su salud, y el aislamiento en que quiso vivir acabó de destruirla; pero ella murió tranquila viendo feliz á Teodosia y pidiendo á Dios por tí.

—Si; Dios, sin duda, oyó su ruego, cuan-

do me ha llamado á esta senda de regeneracion, de perdon y olvido... Pero es horrible, muy horrible que ella haya muerto por mí....

—¡Era la voluntad de Dios!...

—Y bien, me has hablado de una carta...

—Sí: voy á cumplir su voluntad.

Manuel se levantó, abrió el cajon secreto de una mesa, y sacó un pequeño paquete, cuidadosamente sellado, y en cuya cubierta se leia escrito por él:

«Si yo muero debe quemarse sin ser leido por nadie.»

Nicolás abrió el paquete con mano febril, y buscó la carta de Clara.

—¡Dios mio!...—dijo deteniéndose.—¡Dios mio, perdon; aún no sé dominar mis pasiones, aún la historia de mi vida me atrae con poderosa fuerza!...

Pasó despues la mano por su frente y desdobló el pliego.

Estaba escrito con una letra confusa, y decia:

«No he creido en tu muerte, Nicolás; pero no he dudado de tu desesperacion. Te engañabas; yo, al prepararme para morir, te lo aseguro: Teodosia te amaba como hija, y de haberlo tú comprendido así, aún hu-

biéramos podido ser felices... No lo ha querido Dios... ¡Cúmplase su voluntad!...

Cansada de la vida, veo aproximarse la muerte con calma, y hasta diria con alegría, si no tuviese que separarme al morir de Teodosia.

La he amado tanto, que dudo pueda una madre amar más que yo.

La dejo feliz, unida á un hombre digno, rodeada de una familia respetable, y sobre todo adorada. ¡Que Dios la bendiga!...

CLARA.»

Despues de la firma, y con una letra aún más confusa, decia:

«He suplicado al marido de tu hija que rompa esos fatales papeles que pueden descubrir la verdad de su orígen: si mi voz llega á tí, hé aquí lo único que te pido: déjale su tranquila ignorancia, que nada sepa jamás, si ha de vivir dichosa.»

—Serás obedecida—dijo Nicolás con voz solemne;—nada sabrá. El miserable que le ha dado la vida no merece la dicha de llamarse su padre.

Y severo, imponente, con sus magníficos ojos animados de un fulgor extraño que hacia aún más densa la palidez de su rostro, rompió las cartas que podian probar

que era el padre de Teodosia, abrió la ventana y arrojó los pedazos.

Durante algun tiempo los miró revolotear en el aire, caer y elevarse de nuevo, hasta que desaparecieron entre los árboles que rodeaban la casa.

—¡Ah!—dijo con una tristísima risa que parecia una crispacion nerviosa;—¡qué agena estará mi hija de pensar, cuando vea esos pequeños pedazos blancos que parecen mariposas entre las hojas, que en ellos tenia un padre y que con ellos lo ha perdido! Gracias—dijo volviéndose hácia Manuel,—gracias por tu generosidad, y por el amor que la tienes. Voy á partir á paises desconocidos, á desiertos salvajes, solo con mis dolores y recuerdos: nunca nos volveremos á ver; pero allí donde esté elevaré á Dios mi oracion por vuestra dicha, por la de ese ángel al cual habeis dado mi nombre...

La emocion apagó la voz en su garganta.

—Padre mio—dijo Manuel tomando su mano,—quédate con nosotros para que nuestra dicha sea completa: el sacerdocio no excluye la familia.

—¡Imposible! Debo cumplir la mision que me he impuesto; debo redimir mis cul-

pas para que no caigan sobre la cabeza inocente de mi hija.

—Ve, pues, tranquilo, que yo te juro que será sagrada para mí.

Y por un impulso de expontánea ternura, estrechó las manos del misionero, cuyos labios se movian como si murmurase una oracion.

La campana del comedor avisó á Manuel que se le esperaba y salió con Nicolás, esforzándose por demostrar serenidad é indiferencia.

La comida fué triste: algo habia que, sin ser comprensible á todos, esparcia una vaga sombra de tristeza.

—¿Por qué irse tan pronto?—preguntaba Teodosia con pena.

—Es preciso, hija mia—respondia Nicolás.—El sacerdote pertenece á Dios, y no á los afectos mundanos.

—Mañana, pues.

—No, ahora: ¿no es verdad, padre José? —preguntó Nicolás, que no comia apénas y que miraba con miedo á Teodosia por temor á revelar su secreto.

—Creo lo mismo, padre Nicolás—contestó el religioso,—porque aún tendremos que hacer en Valencia.

—Entónces, padre mio—dijo la jóven esposa,—ven á bendecir á mi hijo que duerme en su cuna, y á visitar nuestra capilla: en ella hay algo tuyo.

Nicolás se extremeció poderosamente.

—Vamos todos—dijo Manuel levantándose.

Al llegar á la capilla, un pequeño sepulcro de mármol atrajo las miradas de Nicolás: sobre él se leia este sencillo nombre: Clara.

—¡Ah!—dijo comprendiéndolo todo,—¡ella está aquí!... ¡Mi hija!

Y cayendo de rodillas oró con fervor.

—Adios, hijos mios—dijo levantándose, y con la voz trémula de emocion;—yo os bendigo, sed felices, y rogad por mi...

Y en tanto que el Padre José se despedia de la familia Salazar, dando al niño una medalla bendita, Nicolás decia á Manuel:

—Cuidalas mucho y ámalas... era todo mi tesoro la una, toda mi esperanza la otra...

—Vé tranquilo—contestó Manuel.

—Todo queda aquí, todo—dijo Nicolás dando un paso para reunirse con su compañero:—¡ah!... no puedo dejarte más, pues-

to que te dejo *la muerta y la viva!...*

Y despidiéndose con un solo y brusco ademan, salió sin volver la cabeza y con rápido paso.

—Se ha ido sin decirme nada—dijo Teodosia con tristeza.

—Hija mia—dijo el general con bondad en tanto que Manuel muy conmovido estrechaba la mano de su esposa:—cuando vemos un gran dolor, no debemos preguntar, sino compadecer.

—Es verdad—dijo Teodosia:—pidamos á Dios que le proteja...

Las caricias de su hijo y el amor de su esposo debian volver muy pronto la sonrisa á sus labios; para el pobre proscrito, cuya vida amargaban el remordimiento y la fatalidad, no debia haber ya ni alegría ni consuelo, porque sobre el vacío de la culpa no puede levantarse el edificio de la felicidad.

FIN DE LA NOVELA.

INDICE DE LA TERCERA PARTE.



